BOLSILIBROS BRUGUERA

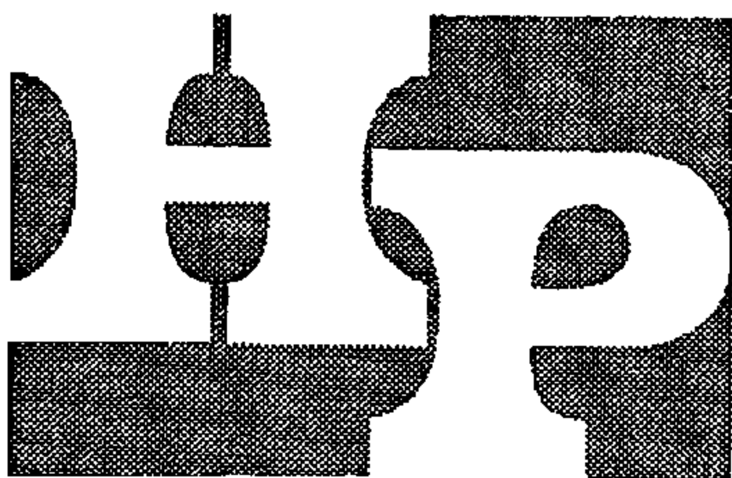
SORTEO DEL MILLON

HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

SENTENCIA DE MUERTE







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

SENTENCIA DE MUERTA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 199
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 33094-1973

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: octubre, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La cabaña tenía un aspecto tosco, miserable. Estaba construida parte con troncos, parte con cañas y parte con barro. Parecía que cualquier lluvia la hubiese de aplastar, que cualquier vendaval hubiese de llevársela por los aires. No tenía puerta, sólo una cortina tejida a mano por cualquier india, cubría la entrada. Sus dos únicas ventanas eran huecos hechos de cualquier manera y cubiertos también por pedazos de tejido indio. Su techo, de ramas secas, estaba hundido por dos sitios.

Por eso resultaba sorprendente el que un carruaje como aquél, se acercase a la tosca construcción guiado por una mujer sola.

El carruaje llegó hasta unas doscientas yardas de la casa, y entonces dos hombres armados aparecieron en el umbral de la puerta, tras descorrer la mugrienta cortina que impedía la entrada del sol.

Cuando la mujer detuvo el carruaje, las moscas que merodeaban en torno a la casa, salieron jubilosamente a recibirla.

—Nos honra usted, patronsita…

Ella los miró. Los dos llevaban cintas de balas cruzadas en el pecho, ludan revólveres en la cintura y un cuchillo en la parte delantera, descansando en el bajo vientre. Elena Ramírez no prestó atención a su pintoresco modo de vestir ni a su aparente cortesía. Estaba acostumbrada a tratar con individuos como ellos, y sabía que con palabras semejantes y con sonrisas como las que ahora empleaban, eran capaces de desollar a un hombre o escarnecer a una mujer, por digna que ésta fuera. Les miró a los ojos y preguntó:

—¿Está…?

—¡Claro, pobresito! ¿Cómo quiere que se vaya?

U no de los dos apartó la cortina y la sostuvo con su brazo para

que Elena Ramírez pudiera pasar.

Elena dio un paso hacia adelante, cerrando los ojos para acostumbrarse a la penumbra que reinaba dentro de la choza, y luego, corrió hacia un ángulo de ésta.

En ese ángulo había un camastro y en él, tendido un hombre. No llevaba ropas mexicanas, como los de la puerta, sino típicas prendas de vaquero yanqui. Su camisa a cuadros estaba abierta, mostrando el pecho desnudo sobre el que el hombre apretaba las manos febriles, tapando dos vendajes empapados en sangre.

—Allan —musitó ella—. ¡Allan!

—Gracias por haber venido, Elena. Creí que no te atreverías a hacer esto.

—¿Cómo no iba a atreverme? Bastó que me lo comunicaran para…

—Tu rasgo ha sido muy generoso, Elena —le interrumpió el hombre— y si vivo sabré agradecértelo. No todas las mujeres se hubiesen atrevido a venir al desierto para ver a Billy Wild, por cuya cabeza se ofrecen veinte mil dólares.

Ella echó un poco la cabeza hacia atrás y le miró. Sí, éste era Billy Wild.

—Esos dos hombres son lo único que queda de mi banda… —susurró él—. Dos perros ansiosos de dinero que me siguen tan sólo con la esperanza de que en el momento de morir les diga si tengo oculta alguna fortuna… A veces me maldigo, pensando que serán ellos quienes me den sepultura. Ésta —señaló su cuerpo sangrante—, y esos dos buitres son todo lo que queda de la banda más poderosa y organizada de Nuevo México.

—¿Quién es el que os derrotó?

—Un tipo llamado Fred. Fred Haynes. Tú lo has oído nombrar: lo conoces.

La muchacha tuvo un estremecimiento.

—Durante largas temporadas lo he estado viendo cada día. El es ahora el ayudante del *sheriff* de Hondonada, y se dice que muy pronto lucirá la estrella. Pero… —añadió apretando los labios—, ¡pero si él es el causante de tu muerte, juro que lo pagará algún día!

El hombre dejó caer la cabeza sobre la manta doblada que le servía de cabezal, y miró a la mujer fijamente.

—De modo que ese buitre está ahora en Hondonada, ¿eh?

¡Vaya! Cuando yo salí de la población le había oído nombrar, pero nunca le había visto. Y ahora resulta que tú lo ves con frecuencia… —Parecía reflexionar en que una mujer puede hacer mucho daño a un hombre, y estuvo a punto de pedir a Elena que se encargara de vengarle en la persona de Fred, pero no se atrevió y además, aún no estaba muerto, ni mucho menos—. Bueno, Elena, va a hacer falta que me cures esto un poco mejor. Esos salvajes me han taponado con trapos sucios y si continúo una hora más así, voy a morir sin remedio. Ahí cerca, en esa vasija tienes agua. ¿Has traído vendas?

—Sí —dijo la mujer con los ojos llorosos—. Están en el carruaje.

—Ve a buscarlas.

Elena fue hacia el carruaje. Junto al asiento había un pequeño maletín que contenía todo el material necesario para curas de urgencia. Lo tomó y fue con él de nuevo hacia la casa.

Uno de los bandidos sonrió, enseñando todos los dientes.

—Ya no se sacrifique, patronsita. Yo soy muy ignorante, pero usted ha ido a la escuela y sabe que no hace falta curar a un muerto.

Acababa de ver tres nubecillas de polvo. Y éstas estaban ya lo bastante cerca para poder distinguirse que las producían tres jinetes.

—¡Traidores! —gimió—. ¡Perros sarnosos y traidores!

Se oyó una especie de rugido dentro de la casa. Los dos mexicanos saltaron a la vez sobre Elena, y, mientras uno le sujetaba los brazos, el otro le tapaba brutalmente la boca. Por unos instantes forcejearon en silencio, afanosamente, bajo el aplastante sol. Y Elena sintió las manos de aquellos hombres en su cuerpo, entre sus ropas, ágiles y duras como nerviosas arañas. Ni siquiera fue capaz de morder la mano que sujetaba su boca.

Los dos mexicanos la apartaron de la puerta, y uno de ellos la soltó en seguida al ver moverse la cortina. Billy Wild se colgó de ella y la desgajó con el peso de su cuerpo. Las heridas de su pecho sangraban otra vez, pero en su rostro había ahora una energía y una decisión fanática. Un gran revólver negro lucía en su mano derecha.

—¡A él, Lucas! —rugió uno de los mexicanos.

Billy Wild no le dio tiempo. Cuando el primero de ellos se lanzaba hacia adelante, disparó una sola vez y la bala le abrió en dos mitades la cabeza. Fue el disparo certero y exacto de un hombre

que sabe dónde hay que tirar. El otro mexicano, el llamado Lucas, vio caer muerto a su compañero y extrajo el largo cuchillo, mientras se escudaba tras la muchacha. Elena Ramírez chilló presa de un ataque de nervios. Sintió silbar la hoja junto a su cabeza y vio con ojos dilatados por el horror, cómo el largo cuchillo se clavaba hasta las cachas en el cuello de Billy Wild. Éste trató de levantar el revólver, para hacer fuego otra vez, pero le abandonaron las fuerzas. Cayó a tierra, de bruces, lanzando una maldición. Su sangre fue absorbida inmediatamente por la sedienta tierra del desierto.

—¿Lo ves, patronsita? Un poco de jarabe de hoja, y ya está…

—¡Suéltala de una vez, Lucas, o te atravieso!

La voz dura y enérgica, procedía de uno de los tres jinetes que se habían acercado al galope hasta allí.

No era la primera vez que veía a Fred Haynes. Como había dicho poco antes, éste era el ayudante del *sheriff* de Hondonada, y tenía la residencia en la misma población. Pero quizá nunca le había parecido tan alto, tan fuerte y decidido como en aquel momento. Resultaba incluso un poco siniestro; tan temible era la sensación de vigor que daba.

—¡Señorita Ramírez! —exclamó.

—¡Pronto, atiéndale! —exigió ella, señalando al herido—. ¡Va a desangrarse!

Sin dejar de mirarla. Fred Haynes desmontó del caballo si había una mujer rica en Hondonada ésta era Elena Ramírez. Si había una familia linajuda, pagada de sus blasones y orgullosa hasta el fin, ésta era la de Elena Ramírez. Y si había alguna mujer hermosa en Hondonada, ésta era ella, también. Por eso era tan inexplicable encontrarla allí, como hallar una mina de diamantes en un barril de *whisky*. Fred no lo entendía.

—Apártese, señorita Ramírez —pidió.

Ella se hizo a un lado, pero sin alejarse demasiado del herido. Fred se arrodilló junto a él y le volvió la espalda. Billy Wild, con un movimiento de serpiente, trató de recuperar el revólver, que estaba al alcance de sus dedos, para disparar sobre él. Fred le aplastó la mano con el pie y le dejó los dedos rígidos.

—No me gustan las traiciones, Billy. Ni la de Lucas ni la tuya.

Terminó de apartar el revólver y examinó superficialmente la herida. No cabía duda que Billy Wild había reunido sus últimas

fuerzas para tratar de matarle. La herida en el cuello era mortal de necesidad, y la sangre que estaba perdiendo bastaba para acabar con él en pocos minutos. Suavemente lo depositó de nuevo en tierra.

—No hay nada que hacer —dijo—. Hemos terminado el trabajo. ¡Tú, Clever, trae la soga!

—¿La soga…? Pero ¿qué va a hacer, miserable…? ¿Ahorcarle?

—No, aunque lo merece. Si ahora lo ahorcase no lo dejaría más muerto de lo que está. Lo que voy a hacer… es algo puramente simbólico. El juzgado que me ordenó capturar a Billy Wild me entregó un oficio diciendo que éste debía morir con la soga al cuello. Mi intención es, simplemente, cumplir esa orden.

—¡Miserable! —jadeó—. ¡Miserable!

—Me extraña su actitud, señorita. Tanto, que me parece incomprensible. ¿Qué le importa a usted ese hombre?

—Billy Wild no era el nombre del joven a quien ustedes acaban de dejar morir como a un perro —declaró con voz sorda—, sino un apodo que él mismo se creó… Su verdadero nombre era Allan Ramírez.

Y añadió como un susurro:

—Era mi hermano.

* * *

—¿No está usted bromeando, señorita Ramírez? Su hermano está enterrado en el cementerio de Hondonada y todos hemos pasado alguna vez frente a su tumba.

Ella se levantó. Minó el cadáver como si se despidiese de él y luego cerró los ojos.

—El hombre que yace sepultado en Hondonada no es mi hermano —reveló en voz queda—. El verdadero Allan, guiado por sentimientos que nunca hemos podido comprender, pero tal vez fuese una rebelión contra el ambiente excesivamente puritano de nuestra casa, huyó de ella hace más de cinco años y no volvió a Hondonada. Concluida la guerra civil, nació la banda de Billy Wild, dicen que la peor de Nuevo México. Yo supe que Allan era el famoso bandido porque cierta vez asaltó la diligencia en que yo viajaba. Mientras nos robaban no cruzamos ni una palabra ni una mirada siquiera. —La voz de la mujer era vacilante, baja—. Yo le

demostré así mi desprecio y él me demostró su indiferencia. Pero para salvar el honor del apellido hicimos traer a Hondonada los restos de un soldado muerto en Gettysburg y los sepultamos, diciendo a todos que era el cadáver ya irreconocible de Allan, muerto en la guerra civil. Así creímos desvinculado para siempre de nuestra familia al que era ya el azote de Nuevo México. Pero hace pocas horas, ese mexicano traidor, ese perro llamado Lucas, fue a visitarme a Hondonada. Dijo que Allan estaba cerca, que agonizaba en una choza del desierto y que quería verme. —Hizo una pausa y minó a Fred—. Yo no sé si usted es un ser humano o una máquina de ejecutar leyes, pero yo siento correr sangre en mis venas, y cuando la sangre manda, hay que obedecer. Me dirigí hacia aquí fingiendo dar mi acostumbrado paseo en coche. Nunca he corrido tanto. Nunca he sufrido tanto. Jamás ha habido un hombre en mi vida, excepto Allan, mi compañero de infancia, mi consejero de juventud, el único a quien se permitió acompañarme. Jamás he amado a nadie y en mi corazón de mujer solo, únicamente estaba Allan. Ahora ha muerto. Ya no tengo corazón y puedo convertirme en una hiena como cualquiera de vosotros.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el carruaje, poco a poco. Fred miró a su espalda y pensó que ésta, la que de tal modo se había confesado ante él, la que había abierto ante sus ojos un alma desesperada y sangrante, era Elena Ramírez, la inasequible, la reina de Hondonada, a la que los hombres no se atrevían a mirar de frente.

—Lucas… —llamó.

El mexicano que había traicionado a Allan Ramírez, dando cuenta de su situación a los hombres que le perseguían, se acercó dando saltitos y con una mirada brillante en los ojos.

—¿Quiere darme la recompensa, hermano?

Elena se volvió para dirigir a los dos hombres una mirada llameante.

—Sólo mediante la traición han podido vencer a Allan Ramírez. Usted, que dice representar la honradez, la nobleza, la ley y no sé cuántas cosas más, ¿no se avergüenza de utilizar los servicios de un perro sarnoso? ¿No se da cuenta del nivel a que ha descendido, muñeco?

—Yo no he empleado los servicios de ningún traidor, señorita

Ramírez. Ha sido el *sheriff* de Hondonada quien ha recibido la delación sin buscarle. Y él me ha enviado a mí con dos hombres solamente, a fin de que no llamásemos la atención, para comprobar si era cierto que Billy Wild estaba herido y en esta cabaña. Ahora. Lucas recibirá la recompensa, pero yo no se la pago tampoco. Deberá ir a Santa Fe a cobrarla, junto con uno de mis hombres.

Hizo una seña al más cercano y ordenó:

—Envolved el cadáver en una manta y cruzadlo sobre la grupa de un caballo. Tú, Brent, irás a Santa Fe con este tipo para certificar que el cadáver que llevas es el de Billy Wild y que Lucas nos ayudó a darle muerte. Ahora mismo, el *sheriff* enviará por correo la certificación oficial. No temas que este tipo intente alguna jugada por el camino, porque le interesa que llegues a Santa Fe con él. Y ahora, en marcha. Hay todo un día y una noche de trote si los caballos lo resisten.

Sólo Fred Haynes y otro hombre quedaron junto a la hermosa Elena. Ésta les miró de un modo desafiante, un poco burlón, mientras se apoyaba en su carruaje.

—Usted nos ha explicado un secreto que puede perjudicar a su familia, señorita Ramírez —dijo Fred, en voz baja—. ¿No teme que seamos indiscretos? ¿No teme que alguno de nosotros lo revele?

Ella rió de repente. Su carcajada fue seca, aguda, cortante como un cuchillo.

—¿Revelar ese secreto? —sonrió—. Los dos que han marchado se destrozaran como lobos en cuanto uno de ellos cobre el dinero. Y ustedes… ¡No vivirán! ¡No vivirán para contarlo a nadie! Porque después de Billy Wild aún queda en Nuevo México un hombre que puede rociarles de plomo: ¡Lope Kerrigan, el bandolero! ¡Mire a su derecha, Fred Haynes! ¡Mire y demuestre que es un hombre!

Fred Haynes obedeció. Y su rostro palideció intensamente.

CAPÍTULO II

Lope Kerrigan era el bandido más famoso de Nuevo México, y la fantasía de las gentes le atribuía las más sensacionales hazañas. Resultaba mucho más popular que Billy Bill «el Sanguinario», porque Lope tenía buen humor, y sabía matar con una sonrisa en los labios o entre rasgueos de guitarra. Pero Fred Haynes sabía bien que ésta era una apariencia externa, porque en cuanto Lope Kerrigan tenía un enemigo, éste ya podía considerarse bien muerto. Y qué más da si a uno le matan entre maldiciones o entre rasgueos de guitarras mexicanas…

—¿Cómo sabías que vendrían esos buitres? —rugió Fred, mirando a la muchacha—. ¿Acaso estás de acuerdo con ellos?

Elena Ramírez se irguió altivamente.

—Nunca he estado de acuerdo con un bandido, aun que éste fuera mi hermano. Pero Lucas, quien sin duda después de verme a mí fue a hacer su delación al *sheriff*, me dijo que Allan quería entrar en contacto con Kerrigan para unificar sus bandas. Lo que Lucas no sabía era que debían encontrarse aquí, precisamente hoy… ¡Lástima! ¡Diez minutos antes y Lucas también hubiese muerto desollado vivo!

Fred apretó los dientes.

—¿No teme que Lope Kerrigan pueda hacerle algún daño? —preguntó Haynes, sin dejar de mirarla.

—Lope Kerrigan está enamorado de mi —declaró Elena, con cierto involuntario orgullo—. Tú tal vez no lo sepas, pero me ha dedicado canciones. Y el mismo amor que siente le impedirá causarme el menor daño. Me permitirá volver a Hondonada cuando vosotros hayáis muerto.

Fred sonrió secamente.

Sacó sus dos revólveres, los volteó con una rapidez que dejó atónita a Elena y entró en la choza seguido de su agente.

La muchacha quedó en el exterior sin saber qué hacer ni dónde guarecerse.

Una ventana daba a la zona por la que avanzaban los pistoleros. Estaban claramente distanciados y Fred pudo controlarlos bien: Eran trece.

—Mal número —susurró—. Y os voy a hacer el favor de convertirlo en bueno.

Hizo un solo disparo, y el hombre que cabalgaba más hacia el extremo izquierdo cayó dando una trágica voltereta. Los otros jinetes se esparcieron aún más, inclinándose temerosamente sobre los lomos de sus caballos.

Lope Kerrigan era el que iba en el centro. Siempre atacaba así, para que se le reconociese. Era un hombre alto, moreno, de facciones intensamente viriles adornadas con un bigote rizado. Sólo tenía veintiséis años, pero había en sus ojos la cansada expresión del que ha vivido cincuenta. Una potente musculatura resaltaba bajo su camisa de vaquero.

—¡Buena puntería, ñato…! —gritó con acento mexicano—. ¡Pero me has reventado la papeleta! ¡Yo que siempre tengo trece en mi bando para demostrar que no soy supersticioso, y tú…, hala, a jorobar al vecino para que la gente hable mal de Lope! Me las vas a pagar, ñato.

Disparó a su vez con un revólver, y la ventana tras la que se parapetaba Fred quedó silueteada de balas. Pero el joven siguió disparando y con tres balas tumbó a tres hombres. De no ser por aquella prodigiosa rapidez con que aquellos hombres avanzaban, Fred hubiera podido acabar con dos o tres más. Pero cuando empezaba a tomarle gusto a la pelea, los bandoleros ya estaban encima. Salió entonces de la choza, pues no quería que le matasen acorralado como una alimaña. Prefería morir luchando y en campo abierto.

Los hombres de Kerrigan trazaron un alucinante círculo alrededor de la casa. Fred disparó con el revólver derecho y un «tic» salió al aire. Había agotado la provisión del cilindro. Fue a disparar entonces con el otro y acto seguido sucedió algo increíble.

Kerrigan, que sostenía una cuerda en la mano derecha, la volteó

en fracciones de segundo. El nudo corredizo se cerró sobre la muñeca armada de Fred antes de que éste pudiera darse cuenta de lo que en realidad sucedía. Kerrigan hizo un hábil movimiento, y Fred sintió que su mano se iba hacia abajo. Disparó a la arena, entre una carcajada estentórea de la banda en peso.

—¡Pero si es mi amigo Fred Haynes…! —sonrió Lope Kerrigan.

Fred Haynes, en efecto, no se resignaba a servir como motivo de burla a un bandolero y trataba de liberar la mano que tenía aprisionada. Pero a Kerrigan, maestro en aquellas clases de tretas, le bastaba un leve tirón para que el joven estuviera a punto de perder el equilibrio cada vez que hacía demasiada fuerza. Al fin, viendo que Fred no era manco y que podía desasirse, dio un tirón más fuerte que los otros y lo arrojó al suelo. Espoleó su caballo.

Al correr, el animal arrastró por el polvo a Haynes, que continuaba sujeto por la muñeca. La presión de las cuerdas sobre ésta fue tan violenta, que salió sangre. Fred se mordió los labios para no lanzar un gemido de angustia. El caballo de Lope dio una vuelta rápida alrededor de la casa y luego se detuvo bruscamente. Fred quedó unos segundos inmóvil tras dejar con su cuerpo un ancho círculo marcado en el polvo.

Fred Haynes levantó la cabeza. El dolor había bañado sus facciones de un sudor frío. Masticando las palabras, rugió:

—¡Lope Kerrigan, eres un cobarde!

—Pero ¿vosotros entendéis a este amigo, compadres? El llevaba un revólver y yo llevaba un lacito, y así, todo insolente, le he hecho bailar un poco y aún se queja. Y me llama cobarde, el muy faltón, como si lo del lacito no tuviera mérito.

Fred Haynes hundió un poco la cabeza.

—Tienes razón —dijo—. Eso es lo triste. No puedo negar que yo tenía todas las ventajas.

Se puso en pie de un salto, denotando que el brutal castigo no había dañado su impresionante contextura física, y rugió:

—No obstante, si piensas matarme, más vale que lo hagas ahora, Lope Kerrigan. Y yo mismo te aconsejo que no me dejes marchar vivo de aquí, porque tengo orden de acabar contigo y estoy decidido a cumplirla. Muerto Billy Wild, tú eres el único indeseable que pueda en Nuevo México.

—Pero ¿ha muerto Billy Wild? —susurró Lope, mirando a Elena.

—Estaba ya agonizando cuando llegó este hombre —manifestó la mujer, mirando despectivamente a Fred—. Y él le puso la soga alrededor del cuello. ¡Hizo que muriese con la marca de la infamia, porque, según él, era ésa la ley!

Lope se rascó la barbilla.

—Vaya… Claro, la ley… Esas cositas que escriben los libros, ¿no? Bueno, hermana, no se preocupe por que yo vengaré a Billy Wild. Pero antes me la llevaré a usted, claro.

Se produjo una instantánea palidez en las facciones de Elena.

—¿Cómo?

—¿Cómo qué? Estoy en mi derecho, hermana. Billy Wild me escribió un papel que aquí está, firmadito con su letra. Y en él me dice que tal día, o sea hoy, venga, que habrá una mujer a su lado y que me la entrega si le ayudo. Me hizo traer la nota por un ñato que no sabía leer, para que no fuese por ahí diciendo que Billy Wild vendía mujeres y que Lope Kerrigan las compraba. Bueno, yo no estaba muy decidido a quedarme con la mercancía, claro, pero nada más verla voy y me digo que la compro. ¡Y qué mercancía, ñato!

Había sido tan miserable la conducta del que llevó su misma sangre, que Elena sintió como algo se desgarraba en sus entrañas, como un dolor profundo y sordo nacía en cada uno de los latidos de su propio corazón. La palidez de sus facciones se hizo más intensa.

—Diga de una vez lo que va a hacer con nosotros —silabeó agresivamente Elena—. O mejor dicho, qué va a hacer conmigo, porque lo que se refiere a este hombre, no me importa nada.

—Ni a mí me importa lo que hagan con usted. Elena Ramírez —masculló Fred, sordamente—. Pero se da la circunstancia de que es una mujer y no puedo consentir que nadie le ponga la mano encima. De modo que si ese individuo se atreve a tocarla…

—¡Que no la toco! —Se encogió de hombros Lope Kerrigan—. Si me duele la cabeza después de los golpes, ¿qué más líos quiero? A usted, mancebo, le voy a atar a la puerta de la choza, para que se tueste un poco y se ponga así como yo, moreno que moreno… Y a usted, señorita, la voy a dejar para que se vaya donde le plazca. Y si quiere liberar al prisionero, allá usted. Pero tenga en cuenta que antes de un mes me estará bordando un chaleco y esperando ilusionada que le escriba cartas. Se va a enamorar de mí como una tonta, digo.

Hizo una seña a sus hombres y éstos lanzaron sus caballos contra Fred, inmovilizándole antes de que tuviera tiempo para defenderse. Elena ahogó un gemido al ver la brutalidad. Con la soga que aún llevaba la muñeca sujeta, le ataron las manos a la espalda y le amarraron luego a una estaca que había frente a la puerta de la cabaña.

Hizo un saludo con el brazo y se alejó al galope, en compañía de sus hombres. Durante unos minutos, el sordo retumbar de los cascos de sus caballos se escuchó en el desierto. Ni Fred ni Elena hacían un movimiento. Luego ella, le miró. Se acercó a él.

—¿Crees que voy a liberarte? —preguntó con una encantadora sonrisa.

Fred no contestó. Tan sólo sostuvo la violencia de su mirada.

—Pues no voy a hacer nada por ti, Fred Haynes. ¡Púdrete bajo el sol, como se pudren esos cadáveres! ¡Como se pudrirá Allan en la ruta del desierto! Que los buitres sean misericordiosos contigo, Fred Haynes… ¡Ellos no te odian tanto como yo…!

Subió ágilmente a su carruaje e instantes después ponía sus caballos al galope en dirección a Hondonada.

CAPÍTULO III

La guitarra parecía acompañar con sus notas cansinas la siesta de los hombres. Con sus sombreros echados sobre los ojos y la cabeza apoyada en las rodillas, media docena de mexicanos dormían alrededor de la plaza central de Hondonada.

La guitarra del único hombre que estaba despierto en la plaza, lanzaba a los aires una melodía quieta, sosegada como la tarde. Luego oyeron su canción:

«Morena, me dan miedo tus ojos porque son color de noche,
¡ay si fueran color del mar!, para en ellos naufragar,
para morir en tus ojos».

Su voz era también lenta y parecía acompañar el sueño de los que no la escuchaban… Elena Ramírez, que se acercaba en aquel momento a la plaza, se detuvo a escucharla.

—Canta bien, y nunca he oído esa voz en el pueblo.

Hipólito Ramírez, el padre de Elena, era un hombre de unos sesenta años, y descendía de los primeros españoles que conquistaron Nuevo México. Se conservaba bien, y llevaba sus años con dignidad y elegancia.

No vestía al estilo de los hacendados de la comarca, sino que había adoptado las ropas de los vaqueros, por considerarlas más cómodas y prácticas. Pero siempre llevaba un lazo al cuello y una levita impecablemente planchada.

—Tal vez, padre. Estoy muy distraída últimamente.

—Ayer estuviste paseando más tiempo que el de costumbre y

volviste muy excitada, mi niña, como si hubiera ocurrido algo. Yo siempre digo que no deberías salir sola por esas tierras, donde vagabundean los hombres.

Elena se mordió los labios.

—No hay peligro, padre. Ningún hombre se atreve a molestar a una Ramírez.

Iban a doblar la esquina de la plaza cuando estuvieron a punto de tropezar con un hombre.

Éste era alto, de cintura flexible, anchas espaldas y penetrantes ojos grises. Su rostro estaba abrasado por el sol que de él habían saltado ya pequeñas partículas de piel.

Elena Ramírez estuvo a punto de lanzar un grito al verlo, pero logró contenerse.

—¡Señor Haynes! —exclamó Hipólito Ramírez tendiéndole la mano—. ¡Qué alegre me siento de verle de nuevo aquí! Ha estado todo un día ausente. ¿Ocurre algo?

Fred miró a Elena antes de responder. En sus ojos no hubo ni desafío ni desprecio, sino un sordo dolor.

—No me ha ocurrido nada —contestó improvisando una sonrisa —. Tuve trabajo en el desierto y eso es todo.

—Pero ¿se ha resuelto bien? —preguntó el hidalgo, sonriendo cortés.

—Sí…, sí… —tartamudeó Haynes—. Bien.

La mirada que Elena le dirigió reflejaba una furia asesina.

—Debe usted acompañarnos —dijo el hidalgo, apoyando afectuosamente una mano en el brazo izquierdo de Fred—. Hace ahora mucho calor en todas partes y en nuestra casa se encontrará usted bien. Puedo ofrecerle bebidas de todas clases, bien sabe usted que las guardo para las visitas, y usted puede ofrecernos su agradable compañía. Haynes. Tiene usted que hablarnos de los bandoleros que infestan la región, y yo, por mi parte, le hablaré de su hermano. No acaba de portarse bien en las plantaciones.

Entraron en la casa y tomaron asiento junto a una ventana, desde la que se divisaba la plaza. El de la guitarra seguía cantando:

«Niña de los ojos negros, los que yo veo en mis sueños.
Quiero el sueño de la muerte para estarlos siempre
viendo».

Elena minó a Fred y Fred miró a Elena. Ella vio que él tenía los ojos grises, y Fred se dio cuenta de que la muchacha le contemplaba tras el profundo misterio de sus ojos negros.

—Prepararé unas bebidas —dijo el hidalgo, dirigiéndose a la inmediata habitación—. Platiquen de sus cosas, ustedes que son jóvenes y tienen tantas cosas en común.

—Nosotros no tenemos nada en común —murmuró Fred cuando el viejo se hubo alejado lo suficiente—. Sólo nuestro odio.

La mujer estaba tiesa en su asiento, rígida, con todos los músculos en tensión Su busto exuberante parecía desafiar a Fred.

—Me gustaría saber cómo te libraste, granuja. Debes tener algo de escorpión o de serpiente cuando conseguiste hacerlo.

Fred se subió un poco las mangas de su camisa. Ella pudo ver entonces sus muñecas, donde se marcaba un profundo y sangriento trazo.

—No me fue fácil, Pero tengo la suficiente experiencia en ligaduras para no desmayar y para tantear un nudo cuantas veces haga falta. Hasta esta madrugada no he podido liberarme. Luego he venido aquí, a pie, llegando al mediodía. No he hecho más que lavarme, cambiarme de ropa, ver al *sheriff* y comer algo para seguir teniéndome en pie. Pero ni siquiera he dormido una hora.

—Celebraría que el sol te hubiera vuelto loco.

Fred rechinó los dientes. Aquella mujer era la más hermosa, la más atractiva y tentadora que había visto en su vida, pero no sentía la menor atracción por ella. La odiaba casi, como a su peor enemigo. La despreciaba hasta lo más profundo de su ser y sentía el desprecio hacia ella con un violento hervor en la sangre.

—Poco faltó. Elena Ramírez. Pero aun estando loco, hubiese podido darme cuenta de la miserable comedia que representas. Este pobre viejo tiene derecho a saber que su hijo ha muerto de verdad y que será en terrado en Santa Fe y que un traidorzuelo llamado Lucas cobrará por su piel veinte mil dólares… Y si callas eso, es que eres una miserable, Elena Ramírez… Es que no tienes corazón, ni sentimientos, ni siquiera dignidad…

Con el semblante rojo como la grana, Elena fue a levantarse, mientras su mano derecha corría ya en busca del rostro de Fred. Pero en aquel momento se oyó en el umbral las pisadas de su padre.

—¿Qué te ocurre, Elena? ¿Te sientes mal?

La muchacha enrojeció aún más, deteniendo en seco el movimiento de su mano.

—¡Oh, no! Iba a cerrar la ventana solamente. Me molesta oír esa guitarra.

Cerró los postigos, y hasta ellos no llegó ya el cercano cántico que alguien entonaba en la plaza. El viejo Ramírez depositó sobre la mesa dos vasos con *whisky*.

—A tu salud, futuro *sheriff* de Hondonada.

—No tengo ninguna ambición, señor. Pero ya que usted es tan amable de recordar al *sheriff*, brindemos porque pronto pueda reintegrarse a las obligaciones de su cargo.

Bebieron en silencio los dos. Fred notó que Elena le miraba fijamente y que había llamaradas en sus ojos.

Hipólito Ramírez capto aquella mirada, pero no supo comprenderla al fin, entre su hija y aquel joven no había habido hasta entonces más que una simple amistad. ¿Por qué, pues, ella le miraba de aquel modo? Pero cuando iba ya a reflexionar sobre esto, alguien miró a través de la ventana, que estaba situada en la parte baja, y le hizo señas desde el exterior para que saliera. El viejo se levantó.

—Es Talbot, mi secretario. Y ahora que recuerdo, teníamos hoy reunión de la Junta de Vecinos. Cuestión de media hora. Habrá venido a buscarme para que acudamos allá.

Tendió la mano a Fred, haciendo una cortés inclinación con la cabeza.

—Sírvase disculparme, señor Haynes. Mi mala memoria me impide dedicarle el tiempo que usted merece, pero Elena le hará por mí los honores de la casa. Hemos introducido unas cuantas reformas en la parte trasera, ya verá. Tú, niña, enseña al señor Haynes el nuevo granero y las nuevas caballerizas. Si tiene usted tiempo, me agradaría que montase una nueva jaca que acabo de adquirir, Fred. Es rebelde como Elena, pero en el fondo debe estar deseando encontrar a alguien que la domine.

Salió de la habitación, y Fred respiró instantáneamente la atmósfera de tensión que entre Elena y él se producía al quedar solos. La mirada de la joven era ahora agresiva.

—Sí, hay una jaca que espera ser dominada —musitó ella—, pero esa jaca no tiene ninguna semejanza con Elena Ramírez. Todos

los que quieren dominar a Elena se equivocan, y se equivocan todos los que creen que es fácil luchar con ella. Yo te enseñaré, insignificante hombre de la estrella, a colocar sogas alrededor del cuello de los hombres que van a morir. Yo te enseñaré cómo se hacen y deshacen las leyes en Nuevo México.

Fred la sujetó agresivamente por los hombros, sin darse cuenta. Elena se desasió con un brusco movimiento.

—¡No me toques!

—¡No pienso tocarte, estúpida embustera! ¡Se puede perdonar la comedia que tu padre representa ante el pueblo entero, porque es un pobre viejo que aún vive de ilusiones y a quien mataría el que se supiese que su hijo fue el célebre Billy Wild! Pero no puede disculpar se la farsa que tú representas ante él. Hay una serie de derechos sagrados, como reclamar el cadáver de Allan al que estáis renunciando por culpa de tu estupidez. Y eso sólo tiene un nombre, Elena: ¡falta de conciencia!

Elena rechinó los dientes y fue a moverse. Pero pareció darse cuenta de algo.

Echó a andar delante de él, con sus movimientos ondulantes, mostrando a Fred, con su estudiado balanceo, toda la maravillosa exuberancia de su cuerpo. Y Fred sintió que algo había cambiado entre los dos. Ella quería emplear todas sus armas de mujer, quería torturarle, quería hundirle en la sima negra en que llegaría a caer si por un momento se enamoraba de ella. Tuvo que tragar saliva y apretar los puños, porque la odiaba con todas sus fuerzas y porque al mismo tiempo era diabólicamente hermosa.

—Celebraría que Lope Kerrigan cumpliera su amenaza —murmuró—. Ojalá llegues a pertenecerle. Serás una pareja digna de él.

—Ojalá —sonrió ella, volviendo la cabeza—. Pero Lope Kerrigan también llega tarde. Estoy a punto de prometerme a Luke Snova.

—¿Luke Snova? ¿Y lo consiente tu padre? ¡De sobra sabéis que no es más que un advenedizo, un hombre que tiene fama de cuatrero!

—Es joven, neo y tiene educación, de modo que lo veo con muy buenos ojos. ¡Qué hermoso sería ver cómo Luke os mataba a Kerrigan y a ti! —añadió sordamente con los labios apretados.

—Lope Kerrigan puede haberse enamorado de ti, pero yo no —

silbó Fred—. Ni lo estaré nunca, ¿entiendes? Por lo tanto, no me importa que te cases con el diablo mismo. ¡Y si ese Luke Snova resulta de veras un cuatrero, mejor para ti y para el honorable apellido de toda avergonzada familia!

Habían llegado ya al final del pasillo que concluía en una puerta abierta, la cual daba a un prado. Elena la empujó violentamente y salieron a él. Dos grandes edificios de madera se levantaban a poca distancia de la casa.

—Si vuelves a hablar mal de mi familia no podré contenerme, Fred.

—Sería un honor el que me abofetearas otra vez, Elena al menos, quedarían bien definidas las cosas entre los dos.

Insensiblemente se habían aproximado a uno de los edificios. Éste era el nuevo granero. Dentro había forraje para el ganado, trigo seco y paja. Flotaba allí un olor suave y penetrante, que enervaba los dormidos instintos.

—Y éste es el nuevo granero —indicó Elena, sonriendo enigmáticamente—. Un sitio ideal para que los dos cantemos nuestro odio, Fred Haynes.

—Nuestro odio nos aproxima demasiado, Elena. Puesto que lo que debe medir entre los dos es un indiferente desprecio, será mejor que no hagamos demasiado teatro con nuestros sentimientos. Quédate tú con tu bonito Luke Snova y no vuelvas a hablarme más. Yo, al fin y al cabo, he terminado mi trabajo.

—Pero yo no he terminado el mío —murmuró ella, levantando la cabeza hacia el hombre—. ¡Y no lo terminaré hasta que tú no te arrepientas cien veces de lo que hiciste!

Sonrió, apoyándose suavemente sobre un montón de paja.

—¡Luke Snova! —dijo, sin apenas entreabrir los labios—. ¡Qué hermoso será para ti saber que me besa, saber que dispone de mis días y de mis noches, que hace suyos mis secretos!

Un estremecimiento recorrió la espalda de Fred Haynes.

—Elena…, Elena… —murmuró.

Hacía calor, y sin embargo, la piel de la mujer era fresca. Y todo olía a hierba húmeda. Y Fred Haynes, loco de pasión, estrechó a su mortal enemiga entre sus brazos.

CAPÍTULO IV

Elena acercó al principio sus labios, pero se resistió al fin de dejarse tesar. Revolviéndose violentamente, se desasió y abofeteó a Haynes con todas sus fuerzas.

Éste se mordió los labios mientras apretaba frenéticamente los puños a su espalda, tras soltar a la mujer.

—¡Pero qué bien hecho, mi amiga! Y qué fuerza gasta en los años bisiestos. A saber el entrenamiento que uno tendrá que hacer para poder atreverse a mirarla.

Fred Haynes se volvió rápidamente, mientras su derecha volaba hacia la funda pistolera.

Pero cuando dio cara a su enemigo, éste le estaba ya apuntando. Lope Kerrigan sonreía de una manera socarrona, haciendo oscilar en su diestra un pesado Colt 45.

—¿A qué ha venido aquí. Kerrigan?

—¿Cómo a qué? A recoger mi nombramiento.

—Me gustaría saber qué diablos puede ser nombrado en Hondonada, Kerrigan, como no sea fantoche público. Si lo que prepara es una de sus fanfarronadas, le aconsejo que se marche.

El bandolero sonrió, mostrando sus blancos dientes.

—Y que un hombre tan ilustrado cómo nuestro amigo no lo sepa… —se lamentó—. ¡Si en toda Hondonada no se había de otra cosa, ñato! ¡Van a nombrarme presidente de la Junta de Vecinos!

—No creo una palabra de lo que me dice, Kerrigan.

—¿No? —preguntó Lope, apretando los dientes con una mueca que era burlona y amenazadora a la vez—. ¡Pues oiga esos tiritos en la calle! Significa que se va acercando a pasos agigantados mi nombramiento.

Fred Haynes, responsable del orden de Hondonada, se

sobresaltó. Porque, en efecto, docenas de revólveres atronaban con sus disparos las pacificas calles.

* * *

Todo había ocurrido en cinco minutos. Y más o menos así:

Los miembros que componían la Junta de Vecinos se habían reunido aquella tarde para tratar precisamente del problema que representaba la existencia de bandas armadas en la comarca. Bandas entre las que la de Lope Kerrigan era la más distinguida y sangrienta.

—Debemos adoptar una determinación —decía en aquel momento el presidente.

De repente, la puerta se abrió violentamente y cuatro hombres armados aparecieron de golpe bajo el dintel… Todos vestían mitad prendas mexicanas y mitad prendas vaqueras propias de otras regiones situadas más al norte. Pero no era esa mescolanza lo que los distinguía. Lo que los hacía verdaderamente inconfundibles eran sus largos machetes y sus revólveres de calibre pesado: ¡bandoleros de Lope Kerrigan!

—Buenas tardes, señores —saludó uno de ellos con perfecto acento norteño—. ¿Está animada la junta?

Hipólito Ramírez fue el primero en reaccionar, poniéndose en pie.

—Si lo que buscan es dinero, han escogido un mal momento. Ninguno de nosotros lleva encima objetos de valor. Creo que si yo fuese un granuja, procuraría tener más inteligencia y asaltar una casa, no esto.

—Son ustedes muy mal pensados —ironizó sonriendo el que había hablado antes—. No venimos aquí a buscar dinero, sino a sugerirles que tomen una decisión: nombrar a Lope Kerrigan presidente de la Junta de Vecinos.

Hubo un espeso silencio que sólo podía significar una cosa: estupor.

Al propio presidente no se le ocurrió otra cosa que levantarse y decir:

—Pero, señores, ese cargo no está vacante, ya que tengo el honor de ocuparlo yo.

Uno de los que había aparecido en el umbral, el que estaba a la

derecha, movió sus manos con una rapidez increíble y dirigió sus revólveres contra el que hablaba. Dos detonaciones sonaron en la pieza y el presidente cayó mortalmente herido, llevándose ambas manos al pecho.

Hubo otro silencio, pero éste, angustioso y cargado de amenazas. La mayor parte de los miembros de la Junta eran viejos y teñían mucho que perder. Hacía años que no empuñaban ya el revólver. Por eso un violento temblor recorrió las espaldas de todos y no se atrevieron a intervenir.

—¿Alguna otra objeción? —preguntó el que había hablado primero—. Vamos, señores, esto es legal. El cargo está vacante y ustedes se hallan aquí deliberando para elegir un sucesor a ese caballero que se ha ocultado bajo la mesa. Yo propongo a un ciudadano ejemplar de Hondonada: Lope Kerrigan. Si vamos a mirar tiene más intereses en la ciudad que cualquiera de ustedes. De modo que pueden empezar a votar. Usted, señor, ¿qué cree?

Los ocho revólveres se dirigieron hacia el que ocupaba el sillón contiguo al muerto. Vieron cómo las manos del amenazado temblaban y se aferraban desesperadamente al borde de la mesa.

—No…, no veo inconveniente —pudo articular.

—¡Magnífico! ¿Y usted, señor?

El otro era Hipólito Ramírez. Éste se levantó castañeteándole de indignación los dientes.

—¡No votaré a ese granuja! —rugió—. ¡Hondonada ha sido hasta ahora una ciudad…!

No pudo acabar, porque la bala le trituró el brazo. Se encogió lanzando un gemido y cayó sobre su asiento. Así estuvo quieto, apretándose con una mano la herida.

—Agradezca que no le hayamos matado, hermano. Cortesía de la casa… Y ahora vamos a ver: ¿hay algún otro disconforme?

Nadie más lo estaba. Los procedimientos empleados por los hombres de Lope Kerrigan eran demasiado expeditivos para que nadie intentara oponerse.

—Debo advertirles que el *sheriff* de Hondonada está enfermo —dijo uno de los miembros de la Junta—. Pero el que le sustituye es muy capaz de acabar él sólo con una banda entera. Tengan cuidado, porque en Hondonada es posible que sobre ustedes no lluevan rosas.

—Se refiere a Fred Haynes —replicó amenazadoramente el que

tenía acento norteño—. Ya le apañaremos bien Es un hombre solo…

Dieron media vuelta y salieron los cuatro en grupo.

Se habían cerciorado ya que ninguno de los de la Junta llevaban armas visibles. Fuera había más hombres, y todos armados hasta los dientes.

—Ahora a por los agentes del *sheriff* —gruñó el que parecía dirigir el grupo.

Pero aquéllos que tenían la oficina muy cerca del local de la Junta ya habían oído los disparos y advertido que algo muy extraño había sucedido allí. Fueron cuatro. Armados tan sólo con sus revólveres, salieron a la calle. Al ver el grupo de bandidos trataron de dispersarse inmediatamente, procurando batirles desde las esquinas.

No pudieron.

Los hombres de Lope Kerrigan dispararon en masa sus revólveres sobre ellos.

Y estos disparos que segaron la vida de sus hombres, fue precisamente los que Fred oyó cuando estaba junto Elena Ramírez y enfrente de Lope Kerrigan.

CAPÍTULO V

Fred no tenía miedo a la muerte. Lo había demostrado muchas veces.

Sin prepararse, sin meditarlo, saltó.

La bala produjo un ruido sordo junto a su cabeza al rozarle los cabellos y hacer saltar de su piel partículas de sangre. Lope Kerrigan, que había tirado a matar, no tuvo ocasión de disparar dos veces. Fred cayó encima de él y le atenazo salvajemente la mano con que empuñaba el revólver. Con la otra se adelantó al movimiento defensivo de Lope, asestándole un salvaje golpe sobre la nuez de Adán, golpe que dejó sin respiración al bandido y que hubiera acabado con la fortaleza de otro menos bravo que él.

Estaban en el suelo.

Lope trató de lanzar a su enemigo por encima de su cabeza, haciendo un brusco puente con su cuerpo, pero no lo consiguió. Fred Haynes sabía demasiado de lucha para dejarse sorprender. Aplicó otro golpe, éste medido y sabio al codo de Lope, y el brazo con que el bandido sostenía el revólver quedó instantáneamente sin fuerzas. Un calambre doloroso lo recorrió. Bastó un leve tirón de Fred para que el Colt resbalara de entre los dedos del enemigo.

—¡Vas a ser enterrado en Hondonada, Kerrigan! —masculló Fred.

Unió ahora las dos manos y propinó un espantoso golpe en la cara de su enemigo, que quedó ciego por unes momentos a causa de las lágrimas de dolor que acudieron a sus ojos. Cuando trató de reaccionar, ya no pudo. Fred había desenfundado uno de sus revólveres, y propinándole dos culatazos en la frente. El cerebro de Lope Kerrigan pareció sufrir los efectos de un terremoto, y el bandolero quedó sin conocimiento.

Se puso en pie y enfundó su revólver, inclinándose luego para desarmar completamente a Kerrigan.

—Me hubiera gustado que te matase… —dijo Elena tras él—. ¡Me hubiera gustado que la sangre de mi hermano quedase vengada con la tuya! ¡Pero ya caerás, Fred Haynes! La banda de Lope Kerrigan debe haberse apoderado de Hondonada.

El la miró con una seca sonrisa en los labios.

—En tal caso, no sólo yo corro peligro, sino también su padre. Puede que vuestra noble, ilustre e hipócrita sangre riegue hoy las calles de Hondonada, junto a la mía. ¡No cantes victoria demasiado pronto, Elena Ramírez!

Ella miró al desvanecido cuerpo de Kerrigan.

—¿Qué va a hacer ahora? ¿Matarlo?

—No mato a hombres a sangre fría. Y además, él pudo haberme exterminado en el desierto y no lo hizo. Le debo esta compensación para estar en paz con mi conciencia.

Pasó por encima del cuerpo inanimado del bandolero y salió al prado, situado muy cerca de la calle.

Cuando Fred, ajustándose los revólveres al cinto, salió a la calle para defender la ley, sabía que iba a morir. Sus agentes yacerían ya con el cuerpo repleto de plomo, y su único superior, el *sheriff*, estaba demasiado enfermo para intervenir en una pelea como aquélla. Serían doce o trece hombres contra él, probablemente, y no podía contar con ninguna ayuda.

Pero tuvo una sorpresa. Vio al *sheriff* en mangas de camisa y con una extrema palidez cubriéndole el rostro, salir de su casa para enfrentarse a los bandoleros. Le acompañaba el juez.

—¡Ocúltese, *sheriff*! —rugió Haynes—. ¡En su estado no puede pelear!

—Gracias. Fred. Pero de un modo u otro, ya es demasiado tarde.

Sí, era demasiado tarde. Desde la esquina más cercana, varios bandoleros vieron la estrella y dispararon a mansalva. El *sheriff* se inclinó, alcanzado en el pecho, y el juez se llevó la mano derecha al brazo izquierdo. Fred resultó ileso porque vio el peligro a tiempo y se arrojó al suelo. Las balas aullaron por encima de su cabeza, mientras él disparaba a su vez.

Uno de los bandidos, alcanzado, comentaba a dar traspiés por la calle igual que si estuviera borracho. Fred le envió otra bala, esta

vez al corazón, mientras los demás se cobijaban apresuradamente.

—¡Pronto! ¡Ocúltese tras la esquina!

El juez arrastró al *sheriff*, que aún se empeñaba en sostener sus revólveres. Fred cubrió con su fuego la difícil retirada.

Cuando lograron cobijarse tras una pila de pequeños barriles, el juez había recibido ya otro balazo, éste en la pierna, y Fred un arañazo en el pómulo, muy cerca de la sien.

—La situación es desesperada —susurró—. Protéjanse ustedes tras los barriles y hagan fuego sobre seguro. Yo trataré de impedir que se acerquen demasiado.

—Yo ya estoy desahuciado —gruñó el *sheriff*—. De modo que ahorrémonos disgustos, Haynes.

A pesar de su herida, logró correr hacia el centro de la calle, despreciando la escasa protección de los barriles. Uno de los bandoleros corrió a situarse en el porche frontero y el *sheriff* lo cazó. De un balazo acabó con él. Pero otro de los hombres de Kerrigan logró vengarle, disparando desde un recodo. El *sheriff* cayó de bruces con una herida en el cuello. Fred, que estaba atento, acabó con el bandolero que acababa de disparar. En menos de tres segundos se había repetido dos veces el trágico juego del cazador cazado.

Por unos instantes la escena quedó libre de enemigos. Fred Haynes corrió hacia el *sheriff* tratando aún desesperadamente de ayudarle.

—Es inútil, muchacho… Son demasiadas heridas para un viejo. Toma la estrella y defiéndela con honor.

Se la arrancó con sus últimas fuerzas y la depositó en la mano derecha de Fred Haynes. Durante un breve segundo, los dos hombres se miraron y en sus ojos hubo dolor y una cierta resignación ante lo inevitable. Inmediatamente. Fred se dio cuenta de que el *sheriff* le miraba, pero no le veía. Sus ojos estaban espantosamente quietos.

—¡Cuidado, Haynes!

Era la voz del juez. Ésta llegó mezclada de dos detonaciones casi simultáneas. Fred, distraído por primera vez, vio cómo uno de los bandoleros caía atravesado a unos pasos de él. De no haber disparado el juez desde la pila de barriles, aquel hombre habría conseguido atravesarle.

Caminando de espaldas. Fred Haynes retrocedió. Era bastante experto para calcular enemigos y se dijo que Kerrigan habría logrado reunir seguramente a trece hombres en su banda, como tenía por costumbre. Es decir, doce y él. Si habían acabado con cuatro, quedaban ocho, aparte de Kerrigan. Número más que suficiente para que el resultado de la pelea no ofreciera dudas.

Pudo llegar junto al juez y, calmosamente, tratando de dominar sus nervios, recargó los revólveres.

—¿Son importantes sus heridas?

—No, si logro que alguien me atienda. Pero no podré moverme de aquí.

—Tiéndase en el suelo y procure pasar inadvertido. Yo correré hacia otro lado y atraeré hacia mí la atención de esos pistoleros. De este modo, podrá usted llegar hasta cualquier casa donde le curen.

—Tengo que decir lo mismo que el *sheriff*. Demasiado tarde, Haynes. Nos están cercando.

Vio que la estrella de plata brillaba en la mano del joven. Con dedos temblorosos la tomó y se la puso en la camisa.

—Ahora es usted la ley en Hondonada, Fred Haynes. Es usted el nuevo *sheriff*. Y como a mí aún me quedan algunos minutos de vida, y como aún continuo siendo el juez, voy a dictar una sentencia. Óigame bien, Fred Haynes.

Tendido en el suelo, mientras la sangre brotaba de sus heridas, pronunció dificultosamente:

—En nombre de la ley, condeno a Lope Kerrigan a morir. Condeno igualmente a morir a todos los que hoy luchan en Hondonada bajo sus órdenes. Ésta es mi sentencia.

Alguien disparó de flanco y alcanzó al juez en el costado. La bala necesariamente mortal le destrozó el hígado. Fred repelió la agresión y le bastó una bala para exterminar al asesino.

Se acercó un poco más al juez y con la mano derecha le cerró los ojos.

—He escuchado su sentencia —musitó—. Y en este momento, a pesar de que estoy cercado, a pesar de que la muerte me busca a mí también, juro que será cumplida.

* * *

Lope Kerrigan no había permanecido atontado durante mucho

tiempo. Apenas muerto el juez, apareció en el escenario de la lucha.

—Pero ¿qué es esto, ñatos? —Gruñó—. ¿Sólo me quedan seis mancebos para acabar con ese tal Haynes? ¿Qué hacen ustedes muriendo así y matando a tantísima gente? ¡Si esto continúa, voy a ser presidente de la Junta de Vecinos de un pueblo sin vecinos!

Buscó instintivamente sus armas y no las encontró. Entonces dio un ágil salto y se apoderó de las de un muerto, flanqueando los ágiles y certeros balazos de Haynes. Haciendo fuego también, se refugió bajo el piso de madera de uno de los porches.

—¡Eh, tú, Haynes! ¿Por qué no hacemos tú y yo la paz? Y o esquilmo al pueblo y te doy el tres por ciento de lo que saque, o sea, un dólar por cada cien. A veces me armo un taco con las cuentas… ¡Vamos, Haynes! Que si continúas ahí, sólo de balas te va a salir más caro.

—¡No te he matado antes porque no estabas condenado a muerte, Lope Kerrigan! —gritó—. ¡Pero ahora lo estás! Graba bien estas palabras en tu cabeza: ¡Estás condenado a muerte y yo cumpliré la sentencia!

El bandido perdió por primera vez su flema para lanzar un silbido de furia.

—¡Tú te lo has buscado, Haynes!

Mientras un huracán de plomo se abatía sobre el precario refugio del joven, los bandoleros se desplegaron en guerrilla para cercarle y poder disparar contra él desde todas partes. El pueblo entero de Hondonada asistía desde sus casas al sacrificio del único hombre que pretendía salvaguardar la ley, sin hacer nada para acudir en su ayuda. Lope Kerrigan podría convertirse en dueño de la ciudad impunemente, tras tomarse tan sólo la molestia de eliminar aquel último obstáculo que aún se imponía en su camino.

Fred, aunque era muy joven, había intervenido en suficientes números de peleas para saber que su situación tras aquellos barriles era insostenible. De modo que, procurando conservar el control de sus nervios, miró sin descubrirse a los bandoleros que corrían, calculó cuáles serían sus nuevas posiciones y recibió en sus labios tranquilamente un chorro de cerveza que manaba de un barril más cercano, esto le hizo bien, porque tenía la boca angustiosamente seca. Luego, dio un salto.

La verdad es que nadie esperaba aquello. Un hombre puede ser

ágil, pero no tanto como en aquel momento lo demostró ser Fred Haynes. Antes de que nadie pudiera dirigir los revólveres hacia él, se había introducido ya por una de las ventanas de la casa a que correspondía el porche.

Esa casa era, en realidad, un almacén de bebidas. Todo lo que consumía el único saloon de Hondonada estaba almacenado allí. De modo que Fred pensó que su muerte no iba a ser muy decorosa, entre cajas de botellas de *whisky* y barriles de ron.

—¡Sigo aguardándote, Kerrigan! ¿Es qué no te atreves a venir a buscarme?

El sureño no respondió tampoco a aquella provocación. Fred Haynes era un enemigo demasiado temible para desafiarle cara a cara. Envió a dos hombres simultáneamente contra las dos ventanas, y los dos fueron alcanzados cuando trataban de disparar a través de ellas. Uno recibió el plomo en la cabeza y el otro en el lado izquierdo del pecho. Otra bala rozó a Fred un brazo, haciéndole brotar sangre. Pero esta nueva herida sólo consiguió avivar aún más su instinto de luchador… El propio Lope Kerrigan estuvo a punto de caer atravesado cuando intentaba cruzar la calle para colocarse en posición más ventajosa. Una bala le pasó entre los cabellos, produciéndole en todo su cuerpo un calambre frío.

Con los brazos hizo señas a sus escasos tiradores para que se alejaran lo más posible del almacén. El comenzó a retirarse, reptando por el suelo.

Necesitaba los hombres que aún no habían muerto para mantener su hegemonía sobre la población. Cierto que dos días podían bastarle para reclutar nueva gente entre los pistoleros que infestaban la comarca, pero esos dos días iban a ser precisamente los más críticos. De modo que cuando sus secuaces se le reunieron les ordenó en voz baja:

—Parapetaos frente a la casa e impedid que salga por ahí. No disparéis a menos que sea necesario, y tened, sobre todo los revólveres bien a punto. Debe de estar algo herido y se desangrará o morirá de hambre.

Junto con uno de sus hombres fue a la oficina del *sheriff* para apoderarse de todas las armas y arrancar todos los bandos que adornaban la fachada exterior. Verdaderamente había mucho que hacer en Hondonada y era una estupidez dedicarse a Fred Haynes,

cuyas municiones no iban a durarle eternamente, y que además, estaba bien metido en la jaula.

El joven *sheriff* se dio cuenta de cuál era la nueva situación al no oír ningún disparo más en los próximos tres minutos. Después de todo era de esperar que acabasen por dejarlo consumirse solo, sabiendo que no iba a recibir ayuda de ninguna parte. Abrumado, sintiendo en sus sienes aún el fatídico zumbido de las balas, retrocedió de espaldas para apoyarse en la pared del fondo del local.

Entretanto, y tras desmantelar la oficina del *sheriff*, Lope Kerrigan y su satélite se encaminaron de nuevo al local de reunión de la Junta de Vecinos.

Los miembros de esta Junta, no encontrando lugar más seguro en toda la población, habían resuelto permanecer allí mientras durasen los disparos. Y allí los encontró Kerrigan, cuando entró triunfalmente. Lo único que los temerosos miembros de la Junta habían hecho era retirar el cadáver de su antiguo presidente, llevándole a la habitación contigua y vendar sumariamente el brazo herido de Hipólito Ramírez. Por lo demás, su actitud era completamente medrosa, y Kerrigan vio en seguida que allí no había quien se opusiera a sus planes.

—¡Pero que muy buenas tardes, señores! —saludó—. ¡Y qué gozo de verles aquí tan hermanados y tan puestecitos de acuerdo para velar por los intereses de la industria, el comercio y la navegación de la próspera villa de Hondonada! ¡Siéntense y platiquemos, que hay muchas cosas que cambiar en la población!

—¡Canalla! —rugió Ramírez.

—No se busque usted la muerte… —dijo una voz al fondo de la sala—. Más valdrá que, planteadas las cosas de este modo, oigamos que es lo que tiene que decimos este caballero.

A Kerrigan le gustó que le llamasen caballero, de modo que cuando miró hacia el fondo de la sala, donde había sonado la voz, su expresión era complaciente.

El hombre que acababa de hablar tendría unos treinta años e iba impecablemente vestido. Gruesos anillos brillaban en sus dedos, una cadena de oro cruzaba su chaleco. No era mal parecido, pero sus ojos tenían una expresión algo zorruna, despedían una luz que no gustaba a los hombres sinceros. Y ciertamente, a Lope Kerrigan no

le gustó.

—Usted, señor —dijo con sonrisa helada—, debe ser Luke Snova, que no pertenece a la Junta. ¿Para qué ha venido aquí, señor?

—Entre las personas aquí presentes se halla mi futuro suegro. Hipólito Ramírez, y me he creído obligado a velar por su vida y sus intereses. De aquí que haya venido olvidando el peligro que ello representa. Además, señor Kerrigan, yo considero…, digamos razonable el actual estado de cosas, y estoy dispuesto a que los hombres importantes de la población lleguemos a un acuerdo con usted. Exponga sus condiciones.

Una proposición así le venía muy bien a Kerrigan, pero la ignoró. Sólo una parte de lo que Snova dijo le interesó verdaderamente.

—Entonces, usted debe ser el prometido de la señorita Ramírez, ¿verdad? ¡Y qué bien! ¡Tanto gusto, señor!

Se levantó, tendiendo la mano a Snova. Éste fue a estrechársela, pero el pistolero, al tocarla, le aplicó una hábil presa y Snova cayó retorciéndose de dolor. Cuando lo tuvo de rodillas le conectó un puntapié en el mentón, dejándole tendido.

—Me ponen así, ¿cómo diría yo?, un poco nervioso los noviazgos —se disculpó—. Bueno, señores, y ahora, liquidada esta bagatela, vamos a proceder a un acuerdo. Propongo que todos los fondos de la Juma de Vecinos vayan para gastos de su presidente que soy yo. Vamos a votar, caballeros. Esta presidencia que lo es dice sí. Y estos amigos —depositó los revólveres sobre la mesa— dicen que igualmente. Ellos también votan.

Casi a la vez, los miembros de la Juma movieron afirmativamente la cabeza. Nada podían hacer para oponerse. Pero en ese momento cuando Kerrigan sonreía satisfecho, retumbaron varios disparos a poca distancia. El pistolero se puso en pie.

—¡Quédate aquí! —ordenó a su compinche—. Y no dejes salir a los caballeros, no se constipen. Yo voy a ver qué pasa.

Frente al almacén, donde dejara a dos hombres vigilando a Fred, ya no había nadie con vida. Sus dos pistoleros, engañados por algún falso movimiento, debían haber iniciado un ataque, siendo cazados. Yacían en medio de la calle, con las piernas abiertas, reventadas las cabezas de dos balazos.

Corrió a la oficina del *sheriff* por si Fred Haynes había tratado de fortificarse allí, pero no pudo ver más que un caballo que se dirigía al galope hacia la pradera. Y en el lugar donde estuvieron los antiguos bandos había ahora otro. Fred debía de haberlo escrito a toda prisa, mojando un dedo en su propia sangre, y decía:

«Lope Kerrigan ha sido condenado a muerte por asesinato y asalto. La sentencia se cumplirá en la ciudad de Hondonada. ¡Antes de que termine el mes!».

CAPÍTULO VI

Todo el pueblo de Hondonada leyó aquel cartel. Lope Kerrigan tuvo la humorada de no quitarlo del sitio donde Fred lo colocara, como si la amenaza que allí se fraguaba le importara menos que una bala oxidada.

Aquella misma noche. Kerrigan envió a uno de sus hombres a las covachas del desierto para que reclutara gente que quisiera formar parte de su banda. Por la mañana, aquel hombre regresó trayendo a siete indeseables más.

En la plaza central fue instalada una mesa de despacho la más lujosa que se pudo encontrar, y un sillón. En ese sillón tomó asiento Lope Kerrigan y sobre la mesa puso las botas, rasgando el barniz con sus espuelas. A continuación hizo desfilar por delante de él a todos los hombres del pueblo para que declarasen su fortuna, e imponerles una contribución extraordinaria. Sus familias debían acompañarles.

Nadie se resistió. Hubiera sido una locura oponerse a la fuerza de los revólveres y los machetes. Ni siquiera Hipólito Ramírez, a quien la herida en el brazo y la sangre perdida por ella habían dejado sin energía.

Lope Kerrigan fumaba un voluminoso cigarro y se rascaba el estómago de vez en cuando, lanzando resoplidos.

Se presentó ante él un hombre con mujer y nueve hijos.

—Vamos a ver, ñato. ¿Qué tienes tú que pueda convertirse en plata?

—Jamás ha habido plata en casa… Y si la hubiera, ya se la hubiesen comido mis hijos.

—¡Pero, qué barbaridad! ¿Y son todos tuyos, sin que te haya ayudado nadie? ¡Me dejas tieso, compadre! ¡Toma estas dos onzas

de oro y dales de comer, no sea que se te mueran! Y si te queda tiempo, dedícate a tener cuatro hijos más, a ver si con trece haces una banda como la mía, que da gusto verla de tan educada.

El hombre, perplejo, sin saber si estaba viviendo un sueño, aceptó las dos monedas de oro y se retiró.

A continuación vino Luke Snova. Había ahora un brillo de odio en sus ojos, pero aún trataba de mantenerse servil.

—Mi fortuna se puede calcular en cien mil piezas de oro. Fija tu tributo y lo pagaré gustosamente.

—¿Cien mil piezas de oro? ¡Pero, ñato, de qué forma se está poniendo la vida! ¡Da más dedicarse al comercio que ser bandolero! ¡Vamos! ¡Entrégame cincuenta mil piezas, y corre a fabricar más, que yo pienso volver el año que viene!

Luke Snova se puso lívido y trató de saltar sobre la mesa donde Lope tenía apoyados tas pies, sin reparar en el peligro. Un robo semejante era superior a lo que podía soportar. Diez, doce mil piezas podían perderse, pero tanto… Lope adivinó sus intenciones y no se movió. Uno de sus secuaces, en cambio, lo hizo y bien rápidamente. Extrajo su machete y lo clavó un centímetro en la cintura de Luke Snova. Éste se estremeció pálido de horror, deteniéndose.

—Puedo apretar un poco más, más…

Sí, bastaba ver su cara para saber que podía apretar un poco más y que estaba rabiando por hacerlo. Luke Snova no esperó comprobarlo e inclinó la cabeza. Dijo que traería las cincuenta mil piezas.

Se presentaron a continuación varias familias que vivían de los rastrojos del desierto y de algún miserable rebaño. Lope Kerrigan no les exigió nada, y al contrario, les ayudó. Pero no consiguió con ello atraerse las simpatías de aquella gente, porque antes les había humillado haciéndoles comparecer ante él con sus mujeres, como si fuesen animales próximos a ser dados en venta. De hecho, Lope Kerrigan no pretendía hacerse simpático a nadie, y obraba según los espontáneos dictados de su corazón a un tiempo salvaje y generoso como la tierra en que había nacido. Captó miradas de odio en los hombres que desfilaban ante él y casi se alegró. Lope Kerrigan no concebía el mundo sin una razonable dosis de odio. Le gustaba a su vez odiar…

Hipólito Ramírez compareció con su hija.

Era como para ponerse en pie, para hacer reverencias y lanzar al aire las cincuenta mil monedas de Luke Snova. Porque se presentó ante él como una reina, como la mujer que atesora en su sangre el orgullo de toda una estirpe, y que por muchas humillaciones que sufra, sabe siempre triunfar.

—¿Cuánto tiempo crees que va a durar esto, canalla? —espetó Ramírez, nada más colocarse ante él—. ¿Por cuántas horas esperas aún ser el rey de Hondonada?

—¡Quién sabe, señor! Usted, que debe ser licenciado, quizá me lo podrá decir.

Hipólito Ramírez se mordió los labios a punto de sufrir un ataque de ira.

—¡Dentro de diez días termina el mes, y dentro de diez días, Fred Haynes habrá cumplido la sentencia! ¡No eres ya más que un cadáver, Kerrigan, y aunque te resistas a creerlo! ¡Fred Haynes administrará justicia, aunque sea con una bala clavada en el corazón!

—Bueno, pero menudos diez días, caballero… ¡Con tanta plata como voy a reunir quedaré hinchado como un bombo y podré ir a México a criar gallinas, si es que no han declarado eso fuera de la ley!

—¡Bueno, pida de una vez, maldita sea! —rugió Ramírez.

—Quiero un beso de su niña Elena.

Lo que lanzó el viejo Ramírez en aquel momento fue algo semejante al rugido de una bestia. Con las manos crispadas, babeando de furor, quiso abalanzarse sobre el bandolero.

Pero en ese crítico instante se oyó la voz de Elena.

—Déjalo, padre, y demos a ese hombre lo que pide.

—Pero… ¡Pero Elena!

—Un beso de mujer. Eso es todo lo que quiere. ¿Y qué es el beso de una mujer cuando su corazón está lejos, cuando sus labios quisieran tan sólo envenenar al que los toca?

Casi todos los hombres y mujeres de Hondonada eran testigos de la escena. Y quietos, bajo el sol en la plaza blanca, contemplaron cómo Elena se acercaba un poco. Contemplaron cómo sus labios se entreabrían para ofrecer el beso que el bandolero había exigido de ella.

Lope Kerrigan se puso en pie. Una nueva luz, una especie de furor animal había aparecido en sus ojos.

Dio vuelta a la mesa y besó a Elena.

La besó hasta tener la sensación de que la asfixiaba, hasta tener la sensación de que sus hercúleos brazos iban a romperla. Luego, con la misma brusquedad, la soltó. Su cara estaba intensamente roja y sus ojos parecían inyectados en sangre.

—Gracias, Elena. Vale la pena todo lo que ha sido mi perra existencia por llegar a vivir este momento.

—¡No es usted más que un canalla, un perro sarnoso!

—Claro que sí, amita. Pero ¿qué quiere? Hasta un perro sarnoso sueña a veces en robarle los huesos al perro limpio que se distrae. No lo tome a mal ni se soliviante, que como acabaré casándome con usted, nadie podrá tomar esto a deshonra…

—Vámonos, padre —susurró—. Vámonos de aquí.

Hipólito Ramírez tenía los ojos cerrados. Jamás había sufrido una humillación semejante, y, además, ante el pueblo de Hondonada. Tuvo la sensación de que nunca más podría llevar la cabeza erguida, volver a ser el que fue.

Poco a poco, en silencio, se alejaron.

* * *

Sobre las casas navegaba una inmensa y redonda luna que arrancaba destellos a todos los tejados.

Uno de los pistoleros de Kerrigan salió del único saloon bamboleándose.

Como atontado, el pistolero, caminó unos pasos, respirando con fruición el aire fresco de la noche. Esto le despabiló, ahuyentando de su cabeza los vapores producidos por el *whisky*.

Pasó junto a la oficina del *sheriff* y vio el cartel anunciando la muerte de Kerrigan. Faltaban ya pocos días para que la amenaza de Haynes se cumpliese. Y se puso a reír.

Riendo todavía, trató de arrancar el cartel. Pero apenas había puesto la mano encima, cuando una voz seca, firme, resonó a su espalda:

—Deja eso.

El pistolero se volvió, estupefacto, con las manos a media altura y preparadas para «sacar». Pero la figura que vio entonces le quitó

todos los deseos de arriesgar la piel.

—¡Fred Haynes! —susurró—. Imposible.

—Anuncié a todos que volvería antes de terminar el mes. Dime dónde está tu jefe o te clavaré una bala entre las cejas.

El pistolero supo que Haynes no mentía y tartamudeó.

—Creo que está con Elena Ramírez.

Hubo un peligroso brillo en los ojos de Fred. Un brillo tan peligroso que el pistolero se estremeció. Pero al mismo tiempo se dio cuenta de que Fred había dejado de dedicarle atención, quedando absorto por unos instantes. Decidió aprovechar la ocasión.

Moviéndose con toda rapidez, llevó las manos hacia su Colt. No dijo una sola palabra para no advertir a su enemigo. Cuando éste se dio cuenta, era ya demasiado tarde.

Los revólveres del bandolero estaban ya fuera de las fundas, y él no tenía tiempo para extraer los suyos. Con la rapidez de un gamo se lanzó hacia un lado, mientras junto a él aullaban los proyectiles. Antes de que su codo tomara contacto con el suelo, había «sacado» ya. Partió de su derecha una llamarada y el pistolero cayó con una bala entre los ojos. El disparo, ejecutado con una alucinante rapidez, no tuvo, sin embargo ningún testigo que pudiera admirarlo. Cuando el pistolero caía, se oyó tan sólo el graznido de un buitre.

Lentamente, haciendo tintinear sus espuelas. Fred se acercó al cartel y alisó bien la parte que las manos del pistolero habían arrugado. Sin duda, Kerrigan lo había dejado allí para que todo Hondonada recordase la promesa y fuera al fin testigo del fracaso de Fred, al no conseguir éste acabar con él. Esto era lo que debía pensar Kerrigan, pero el nuevo *sheriff* pensaba otra cosa bien distinta.

Los disparos retumbaron también en el cercano saloon, pero nadie les prestó atención. Cualquier vecino habría pretendido atacar a uno de los pistoleros, siendo eliminado por éste. De modo que tras una interrupción de breves segundos, la música continuó y las voces fueron adquiriendo su volumen normal.

—Fred Haynes no volverá a Hondonada —dijo uno de los pistoleros—. Tengo cincuenta piezas de oro en el bolsillo y las apuesto a que ahora está a más de cien millas de aquí. No puede

contar con la ayuda de nadie, y no será tan loco de entrar en una población donde hay más de trece enemigos dispuestos a acabar con él.

—No hay quien te admita la apuesta —afirmó otro—. Todos estamos de acuerdo en que el *sheriff* habrá corrido más que una liebre, de modo que puedes embolsarte tu oro.

—¿Hay alguien que apueste contra mí? —gritó de todos modos con voz estentórea—. ¿Hay alguien que afirme que Fred Haynes volverá a Hondonada?

—Sí, yo —dijo una voz—. Yo afirmo que Fred Haynes volverá a Hondonada.

El pistolero se movió en aquella dirección, con las manos sobre las armas.

CAPÍTULO VII

También de la señorial mansión de los Ramírez, tan humillada últimamente, arrancaba la luna, débiles reflejos plateados.

Todo era silencio en la casa. Su dueño, sentado en un viejo sillón labrado en madera, reflexionaba tristemente sobre los últimos sucesos, incapaz de conciliar el sueño. Y en cuanto a Elena, ésta no se encontraba en su dormitorio ni en ninguna otra parte de la casa.

Deseando aislarse, deseando que nadie pudiera molestarla, había vuelto al granero donde la besó Fred Haynes. Y estaba allí quieta, en la penumbra, hundida en sus amargas y contradictorias reflexiones.

De improviso creyó oír algo. Todos sus sentidos se pusieron en tensión y recorrió con la vista los rincones del granero. Nada. Era tan sólo como si una madera hubiese crujido un instante.

Volvió a inclinar la cabeza, sumiéndose de nuevo en sus pensamientos, cuando una mano se posó en su espalda.

Elena se volvió ahogando un grito. Y cuando vio tras ella a Lope Kerrigan, todos sus nervios sufrieron una sacudida.

—Te da muy poca alegría verme —comentó él, en un tono de voz que no era el acostumbrado—. Y lo siento por ti, Elena, porque de todos modos voy a casarme contigo.

—No eres más que un perro vagabundo, Kerrigan, y tú lo sabes. Sabes también que tus palabras son como los ladridos de los perros vagabundos que suelen lanzar a la luna.

El hombre apretó los labios. Sus manos se cerraron sobre los hombros de Elena sin que se lo propusiera y la zarandeó. Toda la sangre ardiente que corría por sus venas pareció bullir ante aquel nuevo desprecio.

—Puedo besarte cuando quiera, ¿me entiendes, preciosa? Puedo

hacerte mía si me gusta, y tus palabras no hacen más que aumentar la atracción que siento por ti, no hacen más que aumentar mis ansias de besarte. Te quiero, Elena, jamás quise a nadie de ese modo y jamás llevé a una mujer tan dentro de la sangre. Es inútil que trates de oponerte a lo que tú misma sabes que es inevitable.

—Puedes besarme, si te place, Kerrigan, porque no soy más que una mujer y no puedo oponerme a tu fuerza. Pero quizá te convenga saber que hace poco, y en ese mismo sitio, Fred Haynes me besó. Fue el primer hombre que apretó sus labios contra los míos.

La espalda de Kerrigan fue recorrida por un estremecimiento.

—¡Maldita sea! ¡Ya me acuerdo!

—Y Fred volverá… —añadió Elena, triunfante, viendo el efecto que aquellas palabras habían causado en el pistolero—. Volverá y me besará otra vez porque ya lo consentiré gustosamente. ¡Volverá y acabará contigo, Kerrigan!

Hubo una luz de tristeza en los ojos del hombre.

—Tonterías que le prefieras a él, Elena. El conoce lo mismo que yo la vergüenza de tu familia, Y nos guste o no, los tres llevamos sangre de pistolero en las venas.

Fue a acercarse un poco a Elena, cuya tensión inicial parecía haberse relajado, ganando confianza. Pero en aquel momento se oyeron tres disparos a corta distancia de allí.

—¡Cuerno! —masculló Kerrigan, recobrando instantáneamente su duro acento mexicano.

Dos disparos habían sido hechos por un revólver de calibre pesado, y el otro por un revólver de calibre más ligero. El experto oído de Kerrigan logró captar este pequeño detalle. Y como después no se oyó nada más, había motivos fundados para suponer que al del revólver de calibre más pesado no le habían quedado fuerzas para apretar de nuevo el gatillo.

—Algo ocurre —murmuró Lope Kerrigan, que era mucho más precavido que aquellos novatos que ahora formaban su banda—. Voy a curiosear.

Salió sin mirar a Elena, dejando a ésta sumida en un mar de confusiones.

* * *

Cuando el pistolero que había hecho la apuesta se volvió, sus ojos estuvieron a punto de saltársele de las órbitas.

—¡Fred Haynes! —rugió.

Sí, era el mismo Fred Haynes. Quieto, impasible junto a la entrada, como si no le amenazase ningún peligro, los miraba a todos con una seca sonrisa y con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

—¿Sigue la apuesta en pie, amigo?

Once de los hombres de Kerrigan estaban en la sala, y Haynes lo sabía. Se encontraba, por decirlo así, en la guarida del león. Pero no había la menor emoción ni el más mínimo temor en su voz, que hablaba al pistolero como si se dirigiese a cualquier desconocido.

—Anímate. Al fin y al cabo he venido solo.

El pistolero lanzó un seco aullido, mientras todos sus músculos sufrían una contracción. Sí, Haynes estaba solo, y él le haría pagar con la vida semejante locura. Dio un salto de costado «sacó». Sus dientes entrechocaron tres veces, mientras tres veces apretaba el gatillo.

Las balas se clavaron en la madera de los batientes y los hicieron oscilar, pues Fred ya se había lanzado al suelo, más rápido que su enemigo.

Desde el suelo hizo fuego dos veces y el pistolero cayó a tierra lentamente, con el corazón atravesado.

Éste fue el origen de la batalla.

Los diez pistoleros que quedaban con vida desenfundaron sus armas casi a la vez, lanzaron salvajes aullidos y maldiciones. Durante un segundo todos tuvieron motivos para creer que Haynes, en el suelo aún, sería fácilmente acribillado.

Pero el *sheriff* demostró ser hombre a quien no asustaban situaciones como aquélla. Disparó con rapidez fulminante y deshizo la lámpara de petróleo más cercana. El líquido ardiente se derramó sobre la sala entre una barahúnda de gritos. No alcanzó a nadie, cosa que Haynes ya había tenido en cuenta, porque precisamente en aquel lugar se había hecho un vacío al entablarse el duelo. Había otras lámparas en el local, pero Fred no hizo nada por destruirlas. La confusión que sembró con aquel disparo fue suficiente por el momento.

Entre el huracán de plomo, saltó hacia atrás. Sus enemigos

habían disparado al azar, y a esto debió Fred el conservar la vida. Su espalda chocó contra los batientes y acto seguido rodó por el porche, mientras las balas, todas altas, atravesaban la calle.

Fred se puso en pie y saltó desde el porche a la calle. Sus dos revólveres encañonaron la puerta por la que acababa de salir, tras la que se oían gritos y feroces maldiciones.

Dos forajidos saltaron casi a la vez, con los revólveres a punto. Los rostros de ambos sufrieron una parecida crispación al ver allí a Fred, desafiándoles. Trataron de disparar, pero sus dedos en posición de tirar, Fred disparó dos veces. Y dos balas fueron suficientes.

—¡Retroceded! —rugió—. ¡Acribilladle desde las ventanas!

Era lo que tenían que haber hecho desde el principio. Si no se les ocurrió antes fue a causa del fuego que ahora ya estaba a punto de extinguirse. Fred Haynes, al oír aquella orden, comprendió que ya no podía continuar parado en el centro de la calle, y que debía parapetarse o huir.

Por eso corrió hacia los porches y se parapetó tras la baranda. No había terminado aún de cobijarse por completo, cuando una voz gritó:

—¡Cuidado!

Era la voz de uno de los hombres que estaban en el interior del saloon, junto a la puerta. Fred se volvió, al tiempo de ver cómo uno de los pistoleros le encañonaba desde la ventana. Engarfiando los dedos, sintiendo como un calambre en la espalda, disparó. Notó el choque de la bala en su brazo, mientras veía a su enemigo quedar doblado sobre el alféizar, alcanzado en el lado izquierdo del pecho. Una segunda bala disparada desde otra ventana, le rozó la cabeza. Iba ya a responder a pecho descubierto, cuando en la calle retumbó una voz.

—¡Ese hombre es mío, ñatos…! ¡Cien piezas de oro al que me lo despelleje!

Ni Fred disparó, ni dispararon los bandoleros que tenía enfrente. La voz de Lope Kerrigan pareció inmovilizarlos a todos. Un silencio espeso, intenso hasta la angustia, se hizo en la calle, mientras por ella avanzaba el pistolero mexicano.

—Celebro verte. Kerrigan. Me ahorras el trabajo de ir a sacarte de tu madriguera.

Las espuelas del pistolero sonaron entonces parsimoniosamente, mientras avanzaba en línea recta hacia Fred Haynes.

—¡Pero, qué guarida, compadre, si yo no sé dormir bajo techo! ¿De modo que venías a buscarme? —Se dirigió a todo el mundo levantando los brazos, y exclamó—: ¡Anímense, damas y caballeros, que van a presenciar una bonita riña de gallos!

Fred notó que la sangre resbalaba por el brazo herido. La bala no había penetrado, limitándose a trazar un surco. Ahora ni siquiera sentía dolor, pese que sabía que parte de sus músculos estaban destrozados. Si dejaba que el brazo se le enfriase sería incapaz de moverlo.

Fred descendió del porche y se acercó pausadamente a él. Si alguna virtud había que reconocer a Kerrigan, ésta era desde luego su indomable valentía. Viendo que Fred tenía dos revólveres en las manos, se acercaba a él sin ni siquiera rozar las armas, sin temor a que ninguna de las balas se le alojara en el cráneo. Y al mismo tiempo, Fred Haynes admiró el endiablado buen humor de su enemigo. En cierto modo, sintió haber prometido acabar con un tipo así. Pero, valiente o no, Lope Kerrigan estaba sentenciado de muerte.

—Pero si el *sheriff* está herido —masculló Kerrigan al verle avanzar—. ¡Y qué pena da ver a un hombre así, tan bien terminado, tan pulcro él, manchándose de sangre la ropita!

—Basta de comedias, Kerrigan. Si prefieres que te mate con los puños, lo haré gustosamente.

—De acuerdo.

Los ojos del mexicano se habían hecho más pequeños ahora y brillaban peligrosamente. Se acercó dos pasos, mientras crispaba los puños.

Fue él quien inició el ataque.

Un alarido de asombro se levantó de los espectadores que se apiñaban en los porches cuando Kerrigan dio un felino salto hacia adelante, plantando un pie junto a Fred, disparando hacia él simultáneamente ambos puños y retrocediendo de otro fantástico salto. Cuando Fred fue a repeler la agresión, sus dos puños encontraron el vacío.

—¡Vamos allá…! —dijo cansinamente Kerrigan, arrastrando las sílabas como el que se entrega a un deporte de lo más aburrido.

Volvió a saltar, pero esta vez la cosa no salió tan bien como esperaba… Fred, moviendo el brazo herido, le recibió con un gancho alucinante al mentón y con un cruzado al pómulo. Kerrigan pareció flotar durante unos instantes en el aire, y cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, ya estaba en el suelo.

Fred Haynes no saltó sobre él. Avanzó sólo dos pasos.

—Levántate —ordenó.

—¡Pero con mucho gusto, compadre!

Empleando una treta no demasiado limpia, Kerrigan estiró una pierna y logró introducir hábilmente su pie entre los de Fred, antes de que éste se diera cuenta de lo que verdaderamente intentaba. Con ese pie sujetó una bota de su enemigo y le bastó darle una patada plana a la rodilla, para que Fred Haynes perdiera el equilibrio y cayera de espaldas a tierra.

Antes de que el joven pudiera reaccionar, Lope Kerrigan se había puesto en pie y saltaba sobre él. Sus dos manos iban a buscar claramente el cuello de su enemigo. Pero Fred levantó ambas piernas y recibió sobre las botas el cuerpo gesticulante del bandido. Lo que ocurrió a continuación levantó otro alarido de entusiasmo. Moviendo las piernas con una increíble rapidez, Fred hizo girar sobre sus botas el cuerpo de Kerrigan como un molinete. Los espectadores aullaban y reían, frenéticos de entusiasmo, viendo al invencible Kerrigan dar vueltas en el aire igual que un monigote de trapo. Por fin, las piernas de Fred Haynes se flexionaron un poco más y se tensaron de repente. Kerrigan salió disparado y fue a dar de cabeza contra una pila de barriles que había junto al porche. Los barriles rodaron con gran estrépito, y sobre uno de ellos estuvo también rodando Kerrigan durante varios segundos. Los gritos de entusiasmo aumentaron hasta convertirse en auténticos alaridos.

—¡Y eso que está herido, Kerrigan!

—¡Si llega a estar sano, te despluma!

—¡Vamos, atrévete, que tenemos ganas de reírnos otra vez!

Pero algo había cambiado en Kerrigan a raíz de lo sucedido en los últimos instantes. La fiera que latía en él salió al exterior. Nunca se había reído de él de aquel modo, y nunca un enemigo que, además estaba herido, le había puesto en ridículo de aquella manera. Sus ojos brillaron como los de un puma y lanzó un rugido. Sin el menor esfuerzo aparente, levantó uno de los barriles y lo

lanzó contra la cabeza de Fred, que aún estaba en el suelo. El joven logró desviar la cabeza a tiempo de evitar morir aplastado.

—¡Esto te enseñará!

Al destrozarse el barril había quedado una de las arandelas en la mano de Kerrigan. Ágilmente la pasó por la cabeza de Fred, que quedó así parcialmente su jeto. Tiró y Fred no tuvo más remedio que levantar un poco la cabeza, pues la arandela hada presión en su nuca. Entonces, Kerrigan aplastó dos veces una bota contra el rostro del *sheriff*, cubriéndole de sangre.

Lo que ocurrió entonces por la calle fue un rumor sordo y apagado porque todos advirtieron, junto a sus rostros el soplo helado de la tragedia.

Fred sujetó la arandela con ambas manos y logró sacar la cabeza de aquella especie de cepo. Hecho esto, y mediante una ágil contorsión de todos sus músculos, se puso en pie de un solo salto.

Elena Ramírez llegó entonces al escenario de la pelea. Con los ojos desorbitados, temblándole los labios, vio cómo los dos únicos hombres que la habían besado se aprestaban a luchar hasta la muerte.

Fue Kerrigan el primero en actuar ahora también, y no lo hizo saltando hacia su enemigo, sino que echó mano a un revólver.

Apretando los dientes con una mueca de rabia, volteó su revólver en la mano derecha y disparó dos veces frenéticamente.

CAPÍTULO VIII

Fred Haynes tenía el defecto de ser un hombre excesivamente confiado, pese a haberse dedicado a luchar toda su vida, contra gentes sin escrúpulos. Y en esta ocasión, al ver cómo su enemigo volteaba el revólver, comprendió que ya no tenía tiempo para hacer lo mismo y maldijo su perra suerte y su estrella.

Siempre había creído que las balas que han de ser definitivas no causan dolor. Por eso no se sorprendió al no sentir absolutamente nada.

¿Por qué Kerrigan no le miraba a él? ¿Por qué los rostros de los espectadores estaban todos vueltos hacia un punto situado a su espalda?

Fred Haynes tardó varios segundos en comprender la verdad. La comprendió al fin, cuando oyó un gemido tras él, acompañado por el ruido peculiar de un cuerpo humano que cae a tierra.

Se volvió, asombrado. Y vio entonces a Luke Snova tras él, retorciéndose en los últimos espasmos de la agonía. Había sido alcanzado por los disparos de Kerrigan, soltando el Colt que sostenía en su mano.

—¡Pequeño y miserable tipejo…! —susurró el mexicano—. Se había ido acercando hasta tu espalda, pensando que nadie le vería, porque todos estaban pendientes de la pelea. Buscaba eliminarte, ñato, por causa de Elena Ramírez, como luego hubiese tratado de eliminarme a mí. Y la verdad es que por lo que a ti se refiere, ha estado a punto de conseguirlo.

—¿Y por qué lo has impedido, Kerrigan?

—¡Bueno, y ahora resulta que me vas a dar las gracias y todo! ¡Porque esa muerte resultaba muy buena para ti, ñato, y yo quiero antes repasarte con la espuela un poquito! ¡Y porque no me gusta

que los hombres machos mueran atravesados por la espalda, digo!

Fred Haynes, el *sheriff* de Hondonada, notó que la mano con que empuñaba el revólver se iba quedando fría. No era sólo a causa de la sangre que había perdido, sino también porque algo le atenazaba los músculos, porque había en su garganta una cosa blanda que le impedía respirar.

—Márchate de Hondonada, Kerrigan… —dijo en voz baja—. Márchate y no volveré a acordarme de ti, ni de lo que aquí ha sucedido. Piensa que te digo esto una sola vez y traicionando mi deber. No volverás a oír de mis labios otra cosa semejante.

Lope se puso en pie y enfundó el revólver parsimoniosamente. A la luz de los faroles de petróleo resultaba un poco espectral ver los rostros ensangrentados de aquellos dos hombres.

Kerrigan sonrió.

—¡Pero si no me voy, compadrito! Si en Hondonada no tengo más enemigo que tú, y ya estás para que te arrastren. ¡Si además en Hondonada está la mujer que quiero…! ¡Vaya! ¡Estoy echándole gusto a esta tierra!

Fred Haynes se mordió los labios un momento y luego manifestó:

—¡Ya hemos hablado bastante, Kerrigan! ¡Maneja tu revólver de una vez y acabemos, aunque luego tus asesinos me acribillen!

Los ojos del mexicano chispearon otra vez y retrocedió unos pasos.

Pero en aquel momento, Fred tuvo el primer síntoma de su desvanecimiento. Había perdido demasiada sangre y ahora todo lo veía nublado, impreciso… Captó en los ojos de Kerrigan el salvaje deseo de matar y comprendió que aquéllos eran los últimos instantes de su vida. Aun olvidando a los pistoleros que tenía a su espalda, nunca conseguiría ser tan rápido como Kerrigan, que había descansado ya después de los devastadores golpes.

Sin embargo, apretó los dientes y dijo:

—¡Que la vida sea del más rápido, Kerrigan!

Sus rodillas estuvieron a punto de doblarse, y aunque se sobrepuso al instante, haciendo un violento esfuerzo, esta vez el síntoma de su progresiva debilidad fue perceptible para todos. Kerrigan apretó los dientes, deseoso de acabar aquel asunto de una vez. Por un momento le importó poco que su enemigo pudiera

defenderse o no.

Pero en ese instante, cuando los dos enemigos retrocedían para situarse en adecuada posición de tiro, resonó en la calle el furioso galopar de un caballo.

Fue todo tan rápido que nadie pudo evitar lo sucedido. Un magnífico pura sangre negro enfiló desbocado la recta de la calle. Casi nadie acertó a distinguir que el que lo montaba era Hipólito Ramírez, quien había sido un magnífico jinete en su juventud y aún conservaba la suficiente energía para mantenerse erguido sobre cualquier caballo. El padre de Elena pasó junto a Fred en su montura desbocada, y se inclinó para sujetarlo por debajo de los brazos. El joven no se dio cuenta siquiera de lo que ocurría. Tan rápido fue todo. Cuando quiso reaccionar. Hipólito ya hacía desesperados esfuerzos para doblarlo sobre la parte delantera de la silla.

—¡Suélteme! —exigió—. ¡No puede hacer eso!

Pero estaba demasiado débil para impedirlo. Con un vigor que nadie hubiera supuesto en él, el viejo Ramírez lo cruzó sobre la silla. Una granizada de balas pasó junto a ellos en el momento que doblaban la más inmediata esquina. Los pistoleros de Kerrigan, sorprendidos, habían reaccionado demasiado tarde.

Fred admiró aún más la insospechada fuerza de aquel hombre al advertir que lo había levantado con una sola mano, pues el brazo izquierdo lo tenía en cabestrillo, mientras sostenía el equilibrio sobre el nervioso corcel valiéndose tan sólo de las piernas.

—Nos perseguirán —murmuró el viejo Ramírez—. Pero no conocen Hondonada tan bien como yo.

Introdujo el caballo entre unos ralos matorrales apenas hubieron salido de la población. Entre esos matorrales había un hoyo que los ocultó por completo. Segundos después oyeron el furioso galope de varios caballos que corrían en dirección norte.

—Los hemos desorientado. Y son ya pocos. La cuadrilla sólo se compone de nueve hombres, incluido Kerrigan.

—Tenía que haberme dejado concluir el desafío —balbució Haynes.

—Hubiese sido un suicidio. Ese hombre tira bien y tú no puedes mover el brazo derecho. Aparte de eso, te temblaban las rodillas. Lo he estado viendo todo desde el recodo de una casa, montado ya

sobre el mejor caballo que tengo.

Picó espuelas y salieron despacio del hoyo. Aún se oía un poco en lontananza, el galopar de los bandidos. Fred preguntó:

—¿Puedo montar en la grupa?

—Hazlo, si es que no intentas cometer otra locura.

Fred estaba demasiado débil para pensar en otra cosa que no fuera cerrar los ojos. Con las últimas fuerzas que le quedaban logró saltar sobre el lomo del caballo.

—¿Adónde me lleva?

—En mis tierras de labor hay una pequeña casucha de madera, donde se guardan las herramientas. Allí permanecerás en tanto esa herida se cicatrice.

Fred no dijo nada. Llegaron en silencio a una casa de madera, que apenas tendría ocho metros cuadrados de superficie.

Penetraron en la casa, donde había sacos vacíos y herramientas de todas clases. Esto lo vio Fred a la luz de un farol de petróleo que encendió Ramírez, tras tantear unos momentos.

—Vamos a lavar la herida y luego las hierbas ayudarán a cicatrizarla. Si mantienes quieto el brazo, esto será una cosa sin importancia. Vamos a parecer hermanos llevando los dos el mismo adorno.

Fred, entonces, cerró los ojos un momento. Necesitaba decir algo al viejo, necesitaba explicarle lo sucedido en el desierto aunque aquello fuera lo más cruel que había dicho en su vida. A la valentía con que Ramírez le había ayudado, él tenía que responder aun cuando sólo fuese con la verdad.

—Allan Ramírez era Billy Wild —reveló en voz baja, casi inaudible, como un susurro.

El viejo le miró, a los ojos. No dijo nada y siguió vendándole la herida.

—Has dicho «era». ¿Quién lo mató…? —preguntó al fin.

—Un traidorzuelo de su banda. Un tipo llamado Lucas. El fue quien me dio el soplo. Allan estaba agonizando cuando llegué.

Tragó saliva. La serenidad del viejo le hacía más daño que si hubiese comenzado a insultarle. Claro que faltaba decir lo peor. Tras morderse nerviosamente los labios, susurró:

—La sentencia decía que si Billy Wild caía vivo en manos de la justicia debería morir con la cuerda al cuello.

—¿Y qué? —susurró el viejo sin mirarle, tratando de dominar el temblor de sus manos.

—Pedí a Clever la cuerda, hice un nudo corredizo en ella y lo pasé alrededor del cuello de su hijo. No apreté, pero hice que muriera ceñido por la soga. Así lo mandaba la sentencia y así se ejecutó.

Creyó que Hipólito Ramírez saltaría sobre él, que trataría de estrangularlo con sus temblorosas manos. Pero el viejo caballero nada de esto hizo. Se limitó a cerrar los ojos y hundir un poco la cabeza.

—Si así lo mandaba la sentencia, bien hecho está. Yo no conocía a Billy Wild. No llevaba mi sangre ni era nada mío. No usaba mi nombre. Pero únicamente lamento, que, en efecto, seas una máquina de cumplir sentencias.

No había el menor reproche en su voz. Fue esto precisamente lo que hizo daño al *sheriff*.

—Sólo la ley puede salvar a esta tierra. Sin ella seremos como lobos capaces de devorarnos unos a otros. Y para que la ley sea respetada, hay que cumplir las sentencias aplicadas según ella.

—Eres demasiado justiciero, Fred. Demasiado. Pe ro, en fin, yo no puedo dar instrucciones al *sheriff* de Hondonada. No puedo evitar tampoco que mi hija te odie.

—Ella lo presenció todo. Y es tal su aversión hacia mi que ahora sé que no descansará hasta verme muerto.

—No vuelvas a hablarme de Allan Ramírez. Ahora estoy destrozado por otras cosas que han sucedido en Hondonada, que apenas puedo sentir ya más dolor. Pero quizá otro día esté más calmado y no pueda resistir el pensamiento de lo que sucedió. Sentiría tener que odiarte como mi hija, Fred.

—Le prometo no volver a hablar de ello. Pero necesitaba decir la verdad.

—Permanecerás aquí hasta que puedas mover el brazo. Tu hermano te traerá comida todos los días. Olvida por el momento a Kerrigan, ya que ahora no podrás enfrentarte con él.

Fred Haynes sonrió débilmente.

—La sentencia debe cumplirse antes de que termine el mes. Ya faltan pocos días. De modo que no trate de fijarme el tiempo que he de permanecer aquí, Ramírez.

El viejo avanzó hacia la puerta y la abrió, procurando que desde el exterior no se advirtiera apenas luz.

—A veces pienso que no tienes corazón en el lado izquierdo del pecho, Fred Haynes. A veces pienso que tienes la balanza de la ley.

Y salió, poco a poco, cerrando tras sí.

* * *

La luz del día entró tan repentinamente en la pequeña casucha que Fred tuvo un sobresalto. No comprendió cómo había amanecido tan pronto.

—¡Vamos! ¡Levántate!

Fred parpadeó. Era una voz de mujer la que hablaba. La misma mujer que había abierto de improviso la puerta, disipando las tinieblas y dándole la sensación de que acababa de amanecer en un instante.

—¡Elena!

La muchacha estaba ante él, más altiva y desafiante que nunca. Contribuía a afianzar esta impresión el traje de amazona que montaba y la fusta que empuñaba en la mano derecha. Su mirada relampagueaba al contemplar a Fred.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Conozco lo bastante bien mis tierras para saber dónde puede ocultarse un cobarde.

Se levantó de un salto y su mano sana fue hacia el rostro de Elena como si la hubiera movido un resorte. La abofeteó dos veces con tanta brutalidad que la hizo caer al suelo.

—Sal —ordenó la mujer, mientras relampagueaban nuevamente sus ojos.

Fred dio un puntapié a la puerta y salió al exterior. Hacía un día de sol radiante, espléndido. Y bajo ese sol se hallaba un grupo reunido de ocho o diez hombres.

Entre éstos había uno que llevaba las manos atadas a la espalda. Fred tuvo un sobresalto al reconocerlo. Era su hermano.

—¿Qué ocurre con él? —rugió volviéndose hacia Elena—. ¿Qué diabólica combinación has ideado ahora?

—Tu hermano ha sido hallado robando en las dependencias de nuestra casa —dijo Elena con una mirada triunfal—. Se le ha pillado con las manos en la masa. Y naturalmente debo entregártelo

a ti, flamante *sheriff*, para que lo castigues. ¿O ya no te acuerdas que eres una máquina de ejecutar sentencias?

Fred se pasó la mano libre por su camisa sucia de sangre seca.

—No hay todavía ninguna sentencia que condene a Jim. Lo tendré en los calabozos hasta que en Hondonada se nombre un juez, y éste proceda como corresponde hacerlo en justicia.

Agresivamente Elena se plantó ante él. Quería humillarlo a toda costa, y ahora que había encontrado un medio para conseguirlo no lo abandonaría fácilmente.

—Pero sabrás una cosa, flamante *sheriff*. Sabrás que en esta tierra, cuando alguien es sorprendido en flagrante delito de robo, puede recibir diez latigazos antes de entregarlo al *sheriff* o al juez. Y yo voy a hacer uso de ese derecho. Tu hermano recibirá los diez latigazos…, ¡delante de tus ojos!

Las manos de Fred se crisparon. Instantáneamente le dolió la herida y se contuvo, porque de lo contrario hubiese abofeteado nuevamente a Elena. Vio cómo ésta hada una seña y cómo dos de los peones, arrancaban de un tirón la camisa de su hermano.

Jim Haynes siempre había sido una mala cabeza, siempre había creído que el mundo es de los vivos. Ahora estaba pagando las consecuencias de su falta de moral. Pero, fuera de algunas pequeñas pillerías, era un buen muchacho.

Lo que ahora iba a ocurrir era una humillación innecesaria para él: equivalía a marcarle de un modo que quizá no lo olvidaría nunca y que definiría su vida. Pero Elena Ramírez estaba autorizada para hacer aquello en virtud de unos bandos publicados tiempo atrás para cortar la epidemia de robos en la comarca. Elena sabía bien que él no podría oponerse y ahora le miraba triunfante, agresiva, con unos ojos que, sin embargo, eran más arrebatadores que nunca.

—¡Empezad! —ordenó.

Uno de los peones hizo oscilar un largo látigo, Jim miró a su hermano, el *sheriff*, luego se encogió de hombros. Le costaba admitir la idea de que Fred, su hermano, no hiciese nada por él. Hasta ese momento creyó que impediría la administración del castigo. Pero al recibir el primer latigazo se estremeció y dirigió a su hermano una mirada de estupor.

—¡Esto es una crueldad innecesaria…! —rugió el *sheriff*—. ¡No podéis continuar! ¡Soltadle!

Los mexicanos miraron a Elena, pero ésta plantándose ante Fred, gritó:

—Soporta ahora lo que yo soporté, Fred. ¡Muérdete los labios y llora de rabia si puedes! ¡Llora!

De nuevo, la sangre subió a la cabeza de Fred y no supo lo que pasaba por él. Su mano izquierda voló hacia el rostro de Elena y se aplastó otra vez contra la fina piel de la muchacha. Ésta cayó a sus pies, estremeciéndose.

—¡Perro! —bramó uno de los peones—, ¿cómo te atreves…?

Avanzó hacia él dando saltos, y trató de clavarle los dos puños en el rostro. Pero Fred, aun cuando sólo disponía de un brazo, fue más ágil y certero. Su puño izquierdo se clavó como una catapulta en el mentón de su enemigo, y cayó fulminado a tierra.

Otro se acercaba en aquel momento a él. Fred lo recibió de un puntapié al estómago y el peón cayó retorciéndose al suelo. Un tercero, a fin de liquidar la cuestión, desenfundó sus revólveres.

—¿Le doy, señorita?

Elena se levantó. Sus hombros temblaban y había un estremecimiento en sus labios. No miró a Fred.

—No dispares —ordenó—. Y no castiguéis más a Jim Haynes. Sólo quería humillar a su hermano. Sólo quería que ese maldito Fred Haynes comprendiera el porqué de mi odio.

Jim fue soltado y uno de los peones le tendió su camisa. Nadie hizo ademán de entregarlo a su hermano, el *sheriff* de Hondonada.

Éste permanecía quieto, con las facciones rígidas, como talladas en piedra, los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

El grupo de hombres fue alejándose poco a poco, Jim inclusive, pero Elena permaneció inmóvil frente a él. Sus ojos desafiantes recorrieron su figura y sus labios entreabiertos parecieron buscar nuevos insultos que dirigirle.

—Nunca he dicho que no comprendiera tu odio —murmuró él —. Y fuera de esto, nada más tenemos que hablar. Elena.

Le volvió la espalda y se introdujo de nuevo en la casa. Allí, respirando anhelante, aguardó no sabía qué. Era algo irreal lo que le sucedía, era como si ya no dominase su voluntad, sus pensamientos ni nada. Sólo un nombre latía en su cerebro, era el de Elena. La sabía tan cerca de allí, sola bajo el sol, que extraños golpes de sangre le nublaron los ojos, mientras sus manos

acariciaban el aire, sin que ni siquiera él mismo se diera cuenta. Nunca más la tendría tan cerca, nunca más la vería tan adorable, porque ya estaba decidido que él iba a morir. No lograría seguir impune de su choque con toda la banda de Kerrigan. Y vio entonces la silueta de la muchacha recortarse en la puerta. Vio otra vez sus brazos desnudos, sus ojos negros, su boca…

—¿Por qué te acercas a mí? —barbotó—. ¿Por qué?

Ella caminó lentamente, como hipnotizada.

—Porque quería devolverte… ¡esto!

Sus manos empezaron a abofetearle. Le golpearon con saña, con odio, buscando Elena con ello, dominar unos sentimientos que no quería confesarse. Pero diríase que Fred no sentía dolor. Sus ojos estaban fijos, como absortos, en la contemplación de la mujer. Y súbitamente, moviendo también el brazo herido, apresó las dos muñecas de Elena. Ella dejó de golpearle, respirando ansiosamente, enviándole su cálido aliento al rostro. Y de repente, se rompió algo en el corazón de Fred.

—¡Elena, te quiero! ¡Te quiero más que a todo el mundo, más que a mi propio honor, más que a mi sangre! ¡Necesito decirte que te quiero como un loco, ahora que voy a morir!

Y su rostro se acercó al de Elena, y sus labios temblorosos se unieron a los de la muchacha.

CAPÍTULO IX

La mujer espoleó su caballo. El noble animal respondió a la presión redoblando su galope, hasta parecer que se había desbocado. Tenía la boca dura y su sangre ardiente le impulsaba a la galopada de modo que no sería sencillo detenerlo. Hipólito Ramírez había prohibido que nadie montara aquel caballo, causante ya de la muerte de un hombre. Pero en estos momentos, Elena no hubiera podido montar ningún otro.

Había transcurrido tan sólo un día, desde que vivió la extraña escena de la cabaña, a solas con Fred, y aún sentía el calor enervante de los besos. Pero la tempestad que aquel acontecimiento había levantado en ella no tenía tan sólo por causa el hecho de que la hubiese besado un hombre. Por el contrario, el hecho físico perdía importancia para Elena al darse cuenta de que lo que realmente la trastornaba era no saber si aquellos besos le habían producido placer o dolor, si habían exacerbado su odio o habían convertido su corazón en esclavo del hombre.

El caballo había enfilado una recta polvorienta que ascendía en suave pendiente hasta llegar a unos edificios blancos, situados en lo alto de una lejana colina. Aquellos edificios pertenecían a Hipólito Ramírez y sus actuales ocupantes le pagaban por ello una merced. Había allí una especie de parador para los jinetes que se dirigían a Hondonada.

Elena no tenía ningún interés en ir precisamente allí. Simplemente había dejado escoger al caballo el camino. Y empezaba ya a pensar en si convendría retroceder o no cuando creyó oír el batir de cascos de otro animal que seguía al suyo.

Se volvió y estuvo a punto de lanzar un chillido de sorpresa. Lope Kerrigan venía tras ella.

El caballo que montaba era excelente y, además, él resultaba mejor jinete que Elena. No tardó en galopar a su altura y luego en adelantarla. Mediante una hábil finta, logró sujetar el bocado al caballo de la mujer y detenerlo bruscamente.

—No te conviene montar esta clase de animales, Elena. Son peligrosos.

Ella trató de desviar su montura, frenética.

—¡Apártese! ¡No es ni siquiera digno de poner las manos encima de mi caballo!

—¡Pero no te pongas así, muchacha! ¡Si Lope Kerrigan te quiere bien!

—Demasiado bien ¡Márchese!

El la sujeto por la muñeca izquierda. Hubo en su gesto tanta pasión que Elena perdió el control de sus nervios. Tuvo miedo de que aquel hombre la dominara de nuevo y, sin pensarlo, hizo oscilar la fusta que sujetaba con la diestra. La aplastó dos veces con una increíble rapidez, sobre el rostro de Lope Kerrigan.

Éste quedó anonadado, perplejo y por unos instantes no supo cómo reaccionar. Elena Ramírez aprovechó la ocasión para espolear de nuevo su caballo y salir al galope tendido en dirección a las casas que se veían en la cima de la colina.

—¡Eh! ¡Elena, vuelve! ¡No quiero hacerte ningún daño! ¡Vuelve!

La voz del hombre, lejos de reflejar indignación, era más bien cariñosa. Y un vibrante acento de pasión seguía latiendo en ella. Elena sintió que un estremecimiento recorría su espalda.

Lope Kerrigan salió disparado en su persecución. Su caballo ganó rápidamente terreno, y unos minutos después, antes de llegar a las casas, estaba de nuevo junto a la muchacha.

—Me gustaría saber qué te he hecho yo, niña, salvo cometer la tontería de pedirte en matrimonio…

—¡Usted está loco, Kerrigan! ¡O está soñando!

Jadeó mirándole con ojos llameantes.

—Sí, está soñando, y ya va siendo hora que despierte de ese maldito sueño. ¡Faltan dos días para que llegue la diligencia con los soldados! ¡Si no se marcha pronto de Hondonada, le colgarán, Kerrigan!

Los hombros del pistolero sufrieron un estremecimiento, pero no fue de miedo.

—No quiero más sangre en Hondonada, Elena. Me marcharé mañana, tras haber matado a Fred Haynes. Y tú…, tú vendrás conmigo.

Se miraron desafiantemente a los ojos. El sosteniendo con la mirada lo que acababa de decir, y ella, negándose a admitir aquellas palabras. Al fin, fue Kerrigan el primero que se movió.

Extendiendo bruscamente el brazo derecho, tiró de Elena y la hizo caer del caballo. Pero la joven no llegó a tocar el suelo, porque Kerrigan la elevó antes con la misma brusquedad. La sujetó entonces con ambos brazos, sosteniéndola en vilo y a pesar de los desesperados esfuerzos de Elena, fue levantándola lo suficiente para poder besarla en los labios.

E iba a hacerlo, cuando ocurrió algo.

Sonó un disparo.

La bala, lanzada con una increíble puntería, pasó entre los rostros de Elena y Lope Kerrigan. No llegó siquiera a rozar a ninguno de los dos. Pero ambos se estremecieron como si les hubiera mordido una serpiente, y volvieron a tiempo la cabeza hacia el mismo lugar.

A unos doscientos pasos, montando un caballo negro, estaba Fred Haynes, el *sheriff* de Hondonada.

Llevaba aún un brazo doblado, pues debía resentirse de la herida. Pero al mismo tiempo, había en él tal actitud de valiente desafío, que hasta un hombre tan inconmovible como Lope Kerrigan sintió en su corazón un soplo glacial, como si aquel enemigo que se presentaba sólo ante él, fuera lo más temible que había tropezado en su accidentada vida.

—Te veo muy galante, Kerrigan. ¿Es que ya quieres recoger la recompensa antes de haberla ganado?

—¡Yo no soy recompensa para nadie! —chilló Elena, reaccionando más rápidamente de lo que todos esperaban—. ¡Debéis entenderlo los dos! ¡Jamás me uniré a ninguno de vosotros!

Haynes, sin bajar el revólver, fue acercándose lentamente al trote de su caballo.

—Creo que tienes razón, Elena. No serás de ninguno de nosotros, porque los dos habremos muerto dentro de poco. Esto es como una despedida.

Kerrigan se mordió los labios, dominando las riendas a su

nervioso caballo.

—Estás muy optimista, Haynes…

—En cuanto a mí, puedo decirte que te mataré, Kerrigan, porque debo cumplir la sentencia. Pero no me hago ilusiones respecto a mi suerte. Eres lo bastante rápido para alcanzarme con una bala aunque te haya dado bien. De modo que, en estos momentos, Elena está viendo ya a dos hombres muertos.

Elena los miraba entonces. Y le pareció increíble que Fred Haynes, el hombre más honrado y recto de la ciudad, pudiera caer para siempre bajo el plomo de los forajidos. Pero es que al mismo tiempo no podía concebir que Lope Kerrigan, tan alegre y valeroso a la vez, acabara con el rostro destrozado por las balas. En este momento se dio cuenta de que estaba ante los dos hombres más valerosos del Oeste, dos hombres decididos hasta el fanatismo y de los que tiempo después hablarían las historias de Nuevo México. Su corazón tembló entre los dos como un pajarito que no sabe dónde está su nido.

—Fred… —dijo entonces su voz.

Fue el inconsciente el que había dictado aquel nombre. No se dio cuenta de que lo pronunciaba porque partió de lo más hondo de su ser. Y al pronunciarlo tuvo un leve estremecimiento.

Pero el *sheriff* pareció no oírla. Sus ojos estaban fijos en los de Kerrigan.

—Celebro que sigas decidido a matarme —musitó éste—. Pero antes quiero decirte una cosa. Un tipejo llamado Lucas ha aparecido esta mañana en Hondonada. Trae dinero fresco y ha pregonado a los cuatro vientos que él mató a tu agente. Iba a encargarme de él cuando he visto a Elena a caballo y la he seguido. Pero ahora deseo tiempo para eliminarle, ¿entiendes? No quiero enfrentarme contigo hasta que este traidorzuelo esté durmiendo bajo tierra.

Fred enfundó el revólver, y sus facciones parecieron volverse más rígidas.

—Ese hombre es mío, Kerrigan. Si ha asesinado a uno de mis agentes quiero ser yo quien le cribe la piel.

—Pero para eso tendrás que ir a Hondonada. Haynes y allí tengo ocho hombres…

—No me importa…

—Hagamos una cosa, Haynes —sonrió Kerrigan— porque a mí

me gustan los hombres machos y las jugadas limpias. Te dejo a Lucas para ti hasta las seis de esta tarde. Si no compareses, lo mataré… Y si compareses, ya sabes lo que te espera… Yo, como enemigo, te aconsejo que no vayas por allí, ñato… Total, mañana marcho y en pas…

—Lucas ha asesinado a uno de mis hombres —dijo Fred apretando los labios— y tengo la obligación de hacer que lo pague. Por otro lado, si he de matarle y he de morir, Kerrigan, quiero que sea en Hondonada. Ése es al fin y al cabo mi pueblo. De modo que iré.

Kerrigan se encogió de hombros.

—Tú mismo, ñato. No me he visto un tipo que le gustase tanto diñarla… Pero, bueno, hermano; lo que es yo te aguardo hasta las seis. Y ahora seamos personas y vayámonos los tres por distinto camino…

Levantó un brazo a manera de despedida y salió al galope el primero. Fred miró a Elena, que estaba pálida como una muerte.

—Hasta siempre, compañera —dijo, llevándose una mano al ala de su sombrero.

Y partió también al galope, en dirección opuesta.

CAPÍTULO X

Hipólito Ramírez puso en hora lentamente su reloj de pared. Eran las seis menos cuarto de la tarde.

—¿Qué te ocurre, hija? —preguntó mirando a Elena—. Llevas muchísimo tiempo parada frente a este reloj, como si esperaras algo…

—Aún son las seis menos cuarto… —murmuró ella, aferrándose tenazmente a una idea.

—Tal vez no, pero ¿qué importancia tiene esto? ¿Por qué lo dices?

La mujer volvió la espalda. Una incontenible emoción oprimía su pecho, impidiéndole respirar. Tenía las manos heladas como si no le circulase la sangre.

—Voy a salir, padre. No puedo estar aquí encerrada.

—Pero, Elena…

Sin querer escucharle, ella volvió la espalda. Caminando con cierta rapidez salió a la calle. Notó sorprendida que casi nadie circulaba a aquella hora, como si la noticia de lo que iba a suceder se hubiese extendido ya por todas partes.

Uno de los peones pasó presuroso junto a ella.

—No salga, amita… Dicen que ese Fred Haynes va a atreverse a venir aquí, y que cumplirá la sentencia como prometió, aunque luego a él lo empalen… Métase en casa, no más.

Elena no contestó. Echó a andar, hasta salir a la calle principal de la población. Por eso apenas circulaba nadie, y puertas y ventanas estaban cerradas. El rumor que dentro de poco tendría lugar la lucha decisiva había llegado a todos los rincones de Hondonada. Y la población, cobardemente, se desentendía de su resultado.

Los pocos hombres que habían en el saloon se hallaban pendientes del gran reloj de pared. Éste, marcaba las seis menos cinco.

—Bueno, ¿y qué espera la diligencia para Tucson, amigos? ¿Es que no voy a poder marcharme de aquí si no es a lomos de caballo?

El dueño del saloon se alejó un poco, y desde el otro extremo de la barra, habló a Lucas:

—No se enfade, amigo, pero todos estaremos contentos de que se largue. Todos sabemos que era un bandolero de la cuadrilla de Billy Wild y que traicionó a su jefe. Todos sabemos, porque usted mismo lo dijo, que asesinó a un agente del *sheriff* después de cobrar la recompensa y enterrar el cadáver de Billy Wild en Santa Fe. Creo que de estar Fred aquí, no se hubiera usted atrevido a decir tantas cosas. Pero al no haber ley en Hondonada, ha sentido confianza Bueno, y anoche asesinó a un hombre. Supongo, pues, que todos tenemos motivos para decir que su presencia en la población no es demasiado grata.

Los ojillos de Lucas brillaron. Parecía haberle divertido el que un hombre desarmado se atreviera a hablarle así.

—Puede que de Hondonada nos larguemos los dos, amigo…

Lucas extrajo el revólver derecho con un movimiento centelleante. No sentía la menor piedad por un hombre que estuviera desarmado ante él.

—Es inútil que se esconda, mi amigo… —sonrió.

Y en ese momento, el reloj dio las seis. El sonido cantarino inmovilizó por unos instantes la mano de Lucas. No dejó de darse cuenta de que algo muy extraño ocurría allí, y de que todos, precisamente, parecían haber estado esperando aquello. Su sexto sentido le avisó de que corría peligro, y decidió acabar cuanto antes con el hombre que tenía enfrente.

Levantaba ya el gatillo, cuando una voz sonó a su espalda:

—Vengo a comunicarte que estás sentenciado a muerte, Lucas.

Atónito, Lucas, el traidor, contempló a Fred Haynes. Los hombres que se hallaban en el local creyeron en aquel momento estar viviendo un sueño.

—¡Fred! —musitó el dueño—. ¡No puede ser!

—Debo cumplir dos sentencias —murmuró el *sheriff* sin apenas mover los labios—. La primera es la que te afecta a ti, Lucas, pero

voy a darte una oportunidad para que te defiendas. Tienes todavía un revólver y puedes colocarlo en la funda derecha si prefieres disparar con esa mano.

—¡A ti no te importa lo que hice con Billy Wild! —rugió el mexicano—. ¡No hice más que prestar un servicio a la ley! ¡Y en cuanto a tu agente, fue una casualidad! Una pelea en medio del desierto.

—No eres más que un asesino, Lucas. ¡Defiéndete, si no quieres que te mate como a un perro!

Lucas lanzó un nuevo rugido mientras imitó sus movimientos hasta que estuvo seguro de que iba a «sacar», no a cambiar de revólver. Esto, estuvo a punto de costarle la vida, porque el Colt de Lucas brilló a la luz antes que el suyo. Sólo la endiablada rapidez de Haynes, capaz de cambiar de lugar en el tiempo que una bala tarda en recorrer su camino, le salvó esta vez. Desde el suelo, mientras el proyectil aullaba sobre su cabeza, hizo fuego. Lucas, alcanzado en el pecho, se encogió. Trató de disparar nuevamente y no pudo. Se apreció claramente el esfuerzo realizado para colocar en posición de tiro su revólver. La bala definitiva le alcanzó en la frente, librándole de más sufrimientos, cuando con su punto de mira había logrado enfilar al *sheriff*.

—Una de las dos sentencias ha sido cumplida ante testigos —declaró en voz alta—. La impuse yo en ausencia definitiva del juez Clever, por el asesinato del agente Burns. Ahora me queda por cumplimentar otra.

Dio media vuelta y fue a salir del local, tras enfundar sus revólveres.

La bala se estrelló contra los batientes, haciéndolos oscilar.

Fred se arrojó a tierra, mientras respondía al fuego. Pero lo hizo a ciegas y sin ninguna efectividad. Comprendió en aquel instante que habían cercado el saloon y que disparaban desde más de un sitio a la vez.

—¡No debiste acercarte, Haynes! —gritó la voz de Kerrigan—. Pero ya que estás aquí… ¡Bien venido!

Una nueva rociada de plomo se abatió contra los batientes, mientras el *sheriff* daba rapidísimas vueltas sobre sí mismo. La herida del brazo le dolió tanto que tuvo que morderse los labios para no gritar. Se encontró sin saber cómo en el suelo del saloon,

mientras docenas de balas picoteaban la madera, a unas pulgadas de su cuerpo.

Un nuevo salto y cayó de rodillas un par de yardas más allá. Algunos proyectiles silbaron junto a su cabeza, Todos los que se hallaban en el saloon se habían tendido en el suelo y le miraban con ojos desorbitados.

—¿Cuántos eran? —preguntó—. ¿Ha tratado Kerrigan de buscar nuevos refuerzos para su banda?

El dueño del saloon negó desde el suelo. Le temblaba espasmódicamente la barbilla.

—No…, no… Son todavía ocho.

Haynes, sin escuchar más, saltó al pequeño tabladillo del saloon, alcanzó unas escaleras que se hallaban entre bastidores y subió al tejado. Una vez allí, se parapetó tras unas letras que formaban el nombre del local. Hasta el momento, ninguno de sus enemigos parecía haberle visto.

El sí los vio en cambio. Corrían por el porche frontero, y dos de ellos trataron de cruzar la calle para dirigirse al saloon. Fred los cazó de dos certeros disparos que dieron con ellos en tierra, inmovilizándoles para siempre.

—¡Ahí está! ¡Pero, vamos, dadle! ¡Atisadle! —gritó la voz de Kerrigan, con marcado acento mexicano.

Las dos letras que le servían de protección quedaron materialmente pespunteadas a balazos. Pero ya Fred había abandonado su primitiva posición, sabiendo que su única defensa estaba en su inmovilidad. Desde el extremo opuesto del cartel disparó contra un bandolero que apuntaba con el rifle. La bala rozó la culata y penetró en el pecho del hombre.

Sólo cinco sicarios acompañaban, pues, a Kerrigan.

Aunque su número era más que suficiente para decidir el combate, Fred confiaba en que no le matarían antes de que se hubiese enfrentado a Kerrigan. Lo único que ansiaba era acabar con él y cumplir la sentencia de muerte, aun cuando luego sus sicarios le recosieran a balazos la piel.

Sabiendo que su posición era ya insostenible, pues los pistoleros acribillaban ahora todas las letras, se arrastró cautelosamente, pegado a la superficie del tejado, hasta llegar al borde de éste. Entonces respiró con fuerza.

Todos sus enemigos estaban ahora batiendo una misma zona. Tardarían cinco o seis segundos en rectificar la dirección de sus armas. Disponía, pues, de este tiempo para buscar un nuevo refugio.

Dando la vuelta sobre sí mismo, se dejó caer. En el aire rectificó ágilmente su postura y tocó con los pies en el suelo. Sus botas levantaron una pequeña nube de polvo. Inmediatamente dos balas se clavaron junto a sus espuelas.

Otro salto, y Fred se colocó tras una pila de sacos de grano. Una vez allí, se guardó muy bien de hacer fuego, esperando a que sus enemigos reaccionasen. Posiblemente éstos no sabían si había sido alcanzado o no, y cometerían alguna imprudencia.

Sí, la cometieron.

Uno de los pistoleros salió de su refugio, tras el porche, y empezó a gatear protegido por el fuego de sus compañeros Fred notó que algo de esto ocurría al intensificarse la rociada de balas que recibían los sacos. Y aguardó a que apareciese su enemigo.

Éste fue arrastrándose poco a poco, hasta llegar al otro lado de la pila. Pero un hombre tan experimentado como Fred podía en realidad ver a través de ésta. No le pasó el detalle de que ahora las balas sólo daban en los sacos más altos, mientras que antes se repartían uniformemente por toda la superficie. Esto sólo podía ser debido a que uno de los bandidos estaba ya agazapado al otro lado de la pila.

Aguardó conteniendo incluso la respiración, a que el otro hiciera un movimiento. Y entre dos disparos pudo oír el roce de sus espuelas.

«Si fueras listo, te las hubieras quitado», pensó. Luego sintió que el otro se acercaba, bordeando la pila.

Antes de que asomara la cabeza, el astuto pistolero asomó el arma para disparar a tientas. Fred le golpeó en los dedos con la culata, haciéndole lanzar un aullido. Y antes de que lograra retirarse, había sacado la mano él también, porque su enemigo sólo podía estar en una determinada posición. Y, en efecto, le alcanzó entre los ojos.

Había eliminado a la mitad de la banda de Kerrigan. Ahora sólo quedaban cuatro hombres en ella. Oyó el grito del mexicano con voz estentórea:

—¿Pero por qué no viniste anteayer, ñato? ¡Precisamente ayer

pagué a todos esos hombres y me hubiese ahorrado la mar de dinero!

—¡Tus bromas no sirven para nada, Kerrigan! ¡Uno de los dos tiene que morir esta tarde! ¡Has asesinado a suficiente gente en Hondonada para ganarte un lugar bajo tierra!

La voz de Kerrigan, al responder, temblaba de indignación. Pero no por eso sus palabras perdieron el tono irónico y zumbón que las caracterizaba.

—Yo no he matado directamente a nadie, so pendensiero. ¡Han sido mis hombres en un momento en que los tenía sin controlar ni fichar! ¿O es que crees que se alecciona a una banda en dos horas, ñato? Si los angelitos son de natural juguetón y les gusta menear el dedito, ¿yo qué voy a haser? Pero no creas que con esto te pido clemensia, mano, porque voy a estar arrastrándote por la calle, dentro de dos minutos…

Fred se mordió los labios. Era verdad lo que Kerrigan decía, pues él personalmente no había asesinado a nadie en la población. Pero este pensamiento se desvaneció muy pronto en el cerebro del *sheriff* para ser sustituido por una violenta sospecha. ¿Por qué aquel discurso de Kerrigan? ¿No quería acaso tenerlo distraído?

Como todos los hombres que han vivido pendientes de su revólver. Fred Haynes olía el peligro. Y se volvió instantáneamente en el momento preciso en que todo aquello muy bien podía ser una estratagema.

Vio entonces a uno de los pistoleros que asomaba por otra esquina de la casa, a su espalda.

Los dos dispararon casi a la vez, apretando los dientes y encogiéndose con un movimiento reflejo ante la inminencia del peligro. Fred fue unas décimas de segundo más rápido que su enemigo. Alcanzó a éste en el abdomen mientras que a él, la bala sólo le causaba un rasguño en el cuello.

Pero su brazo herido volvía a sangrar, y la irresistible tensión nerviosa a que estaba sometido comenzó a producirle un zumbido en el cráneo. Notó que sudaba copiosamente y que el sudor llegaba hasta su boca. Sin embargo, tenía los labios secos.

Sería muy triste que, ahora que a Kerrigan sólo le quedaban tres hombres, lo eliminasen. Durante un inacabable minuto pensó qué treta le prepararían ahora sus enemigos, y las manos empezaron a

temblarle. No era miedo, porque Fred Haynes no lo había sentido nunca. Era ansiedad. Era temor de que el fin de su vida llegase antes de haber concluido la tarea impuesta.

Ahora Kerrigan esperaba a que él cometiese también una imprudencia. Ningún sonido se oía en la calle, donde hubiera podido percibirse el vuelo de una mosca. Fred unió sus manos para dominar sus nervios, tratando de no temblar, mientras la sangre goteaba cada vez más rápidamente a lo largo de su brazo.

Y de repente se oyó una voz:

—¡Fred, por Dios, no podéis mataros! ¡No podéis morir así!

Era la voz de Elena. El *sheriff* se puso de rodillas y estuvo a punto de saltar de su refugio. Pero en aquel momento oyó también la voz de Kerrigan:

—Salga de ahí, no más, señorita, o voy a tener que casarme con su señor padre.

Y la voz ruda de uno de los bandidos:

—¡Quítese de en medio!

Fred asomó la cabeza y vio a Elena corriendo hacia él por el centro de la calle. Kerrigan estaba tan absorto mirándola, que no se dio cuenta de que uno de sus hombres, perdiendo ya el control de sus nervios, se disponía a disparar contra ella. Pero Fred, sí que lo vio. Lanzó un aullido que puso en guardia al pistolero. Éste logró desviar su arma e hizo fuego. Su bala alcanzó el revólver de Fred, pero llegó retrasada una décima de segundo. Ya que aquel revólver había disparado la bala que le atravesaría el corazón.

Mientras el *sheriff*, agazapado, extraía su otro revólver, en el que sólo quedaba una bala, sucedió lo increíble. Y lo increíble fue que los dos últimos pistoleros de Kerrigan, hombres sin experiencia y reclutados a toda prisa en el desierto, lanzaron sus armas y empezaron a correr. El miedo les dominó. Los disparos del *sheriff* de Hondonada, verdadero diablo con el revólver, habían acabado por volverles locos de terror. Kerrigan empezó a insultarles en la peor jerga de la frontera:

—¡Miserables! ¡Cobardes! ¡Pieles de gato! ¡So mantenidos!

En aquel momento, Elena llegaba junto a Fred. Éste la apartó suavemente, desviándola del posible camino de las balas, mientras salía al exterior.

—Me alegra verte solo. Kerrigan.

La sangre seguía deslizándose por su piel, brazo abajo. La cabeza comenzó a darle vueltas, pero faltaba ya tan poco que hizo un esfuerzo titánico para mantenerse erguido.

El mexicano salió también de su refugio, dirigiéndole una desafiante sonrisa:

—Digo lo mismo que antes: Bien venido, mosito…

Saltando hacia un lado como un gato, disparó sin terminar siquiera de hablar. La bala silbó junto a la sien derecha de Fred. Kerrigan apretó dos veces más el gatillo, pero dos sonoros «clic» saltaron al aire. No le quedaban más balas en el cilindro.

Ya no tenía tiempo para volver a su refugio, y Fred estaba ante él con un revólver en la mano. Kerrigan comprendió que había llegado su último momento, y le miró de frente, sonriendo, porque él, no temía a la muerte. Vio que Fred levantaba su arma. Pero la disparó mucho antes de tenerla en posición de tiro. Disparó al suelo, con un mohín de aburrimiento en los labios.

—Tú me salvaste la vida una vez, Kerrigan —dijo el *sheriff*—, y ahora estamos en paz. Pero no creas que por eso voy a dejar de cumplir la sentencia.

Se abalanzó sobre él, reuniendo todas sus fuerzas y blandió el revólver por encima de su cabeza. Cuando lo bajaba, Lope le golpeó hábilmente detrás de la rodilla, y Fred, como una torre que se derrumba, cayó de bruces a tierra. Kerrigan saltó sobre él con las dos manos enlazadas y el revólver entre ellas, para formar un solo y gigantesco puño. Con él trató de golpearle en la nuca, pero Fred adivinándolo, apartó la cabeza a tiempo. El mexicano golpeó el suelo y lanzó un bramido de furia.

Aunque los dos tenían sus armas descargadas, ninguno de los dos la había soltado aún. Fred se ladeó y levantó como una catapulta el brazo sano. El cañón de su revólver se empotró en la mandíbula de Kerrigan, quien cayó hacia atrás con una profunda brecha junto al cuello.

—¡Atícele, *sheriff*!

—¡Demuéstrele quién es!

Los habitantes de Hondonada se sentían valientes ahora. Todos habían salido a los porches y formaban un corro cada vez más estrecho alrededor de los dos luchadores. Elena, como hipnotizada, sometido todo su cuerpo a un espasmódico temblor, contemplaba

aquella salvaje pelea que terminaría con la muerte.

Fred se había puesto en pie primero, pero Kerrigan lo cazó de un gancho y lo lanzó contra la primera fila de espectadores. Luego, se lanzó en plancha, de cabeza, pero el *sheriff* se apartó a tiempo. Un barrigudo almacenista de granos recibió en pleno vientre el cabezazo y se desmayó. Fred dio entonces un puntapié a su enemigo y lo hizo rodar por el suelo, mientras los espectadores lanzaban alaridos de entusiasmo. Elena cerró los ojos.

—¡Ésta es la última lección que recibes en tu vida, Kerrigan!

—¡Y la primera también, ñato! ¡Jamás fui a la escuela!

Y soltando el revólver, se precipitó hacia Fred, propinándole dos ganchos alucinantes en el mentón. El *sheriff* vaciló, pero pudo aún levantar la rodilla y despedir a su enemigo con ella. Apenas lo vio avanzar de nuevo hacia él, levantó la culata y la aplastó contra el cráneo.

Kerrigan cayó de bruces, quedando inmóvil. Un espantoso silencio se hizo en el círculo de espectadores. Otra vez en la calle hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

Y entonces, Fred Haynes extrajo una bala de su cinto. La introdujo calmosamente en el cilindro y apuntó a la cabeza de su enemigo.

—Lope Kerrigan, la sentencia va a ejecutarse —anunció solemnemente.

—¡No! —Elena avanzó hacia él, desesperada, pintada en su rostro la más fanática decisión—. ¡No puedes hacer eso porque no es justo! ¡Porque te denigraría a ti mismo! ¡Porque no eres simplemente una máquina de ejecutar sentencias, sino que en algún lugar de tu cuerpo, tienes también un corazón!

Kerrigan se movió en este instante, levantando un poco la cabeza. Miró a la muchacha.

—No interseda, señorita. Aquí el amigo estaba rabiando por haser eso…

Fred Haynes sentía sordamente como golpes de sangre, los latidos de su propio corazón. Una lucha sorda e insoportable tenía lugar entre sus pensamientos. Las manos le temblaban y había un brillo de fiebre en sus ojos.

—Es la primera vez que dejo de cumplir una sentencia, Kerrigan —musitó—. Pero yo no mato a valientes. Yo no mato a un hombre

que ojalá pudiera tener entre mis alguaciles. Levántate, Kerrigan, y vive, porque está escrito que el escorpión será aplastado, pero que el cóndor seguirá surcando el aire.

Arrojó el revólver y volvió la espalda. Sus hombros estaban hundidos, su cabeza caía sobre el pecho. Una inmensa pesadumbre le había invadido porque sabía que acababa de faltar a su deber.

Elena fue tras él. En sus ojos había nacido una nueva luz, y sus labios sonreído como no habían sonreído jamás. Sin orgullo, sin altivez, sin prejuicios. La sonrisa sencilla y eterna de la mujer que ama.

—Fred… —susurró—. Fred…

El no se movió. Pero la sintió a su lado, caliente y viva, hermosa y apasionada. Sintió junto a él el calor de la sangre de ella y el fuego de sus ojos. Tendió una mano y Elena la recogió entre las suyas.

Lope Kerrigan se levantaba en este momento. Miró con un cierto apuro los rostros amenazadores de los que le rodeaban.

—¡Bueno, señores, que no es para tanto! ¡Me birlan la chica, me dan una palisa, y ensima me miran con esa cara! ¡Tontos! ¡Con lo que hubieran ustedes salido ganando de seguir siendo yo el presidente de la Junta de Vesinos! ¡Si lo primero que pensaba haser era poner un impuesto sobre el trabajo, para desarraigar ese visio de la tierra! ¡Pero, en fin, qué se le va a haser!

Levantó una mano y saludó a Fred Haynes.

—¡Eh, y ustedes, pareja! ¡Si algo necesitan, vengan a México que allí estará Lope Kerrigan! ¡Voy a dedicarme a la cría de gallinas, digo! ¡Y usted, *sheriff*, le compadesco! ¡Porque no va a cumplir más sentensias que las que le dicte su mujer, pobre!

Fred y Elena se volvieron a un tiempo, dedicándole una sonrisa, la muerte se había borrado de sus rostros y ahora resplandecía la felicidad. Fred dijo:

—¡Suerte, Kerrigan! ¡Y, lárgate de una vez!

—¡Suerte digo también, Fred! ¡Pero, caray, yo la necesito más! ¡Hasta siempre!

Montó de un salto y partió al galope. Fred y Elena le vieron alejarse hasta que se convirtió en una nubecilla de polvo, sin que la sonrisa de felicidad se borrara de sus labios.

FIN